

# **LAS HUELLAS DE HELENA**



1

## **De cómo buenas intenciones pueden señalarte caminos equivocados**

Cuando me decidí a emborronar unas cuartillas para contar algo de mi vida inútil, pensé iniciar el relato al modo cervantino en el Quijote; pero la verdad es que yo quiero el lugar donde vivo y no tengo especial interés en olvidarme de él; por otra parte, tampoco soy el loco genial buscador de aventuras y “desfacedor” de entuertos para corregir las maldades de este mundo y castigarlas. Luego me incliné por iniciarlas como Pascual Duarte, afirmando que yo no soy malo, pero me vino a la mente la violencia de este sujeto, rayana en la peor maldad ignorante, y no quise comenzar de esa manera esta narración, que no es inventada sino real y sólo tiene por objeto hallar, si es posible, las razones o motivos por los que mi vida ha sido, y todavía es, como un inexplicable suceso o hecho que me acontece a mí, sin que yo lo haya pedido ni buscado. A veces se me ocurre la idea de que todos los seres existentes hemos salido como productos de una fábrica increíble –no sé si divina o diabólica– que nos va arrojando al exterior, al mundo, para, pasado un tiempo, volver a recogerlos, en una especial e invisible cinta transportadora, ya deteriorados o deshechos, para con un reciclaje sin sentido, tal vez devolvernos otra vez a éste u otros universos.

Pero no es de estas enmarañadas teorías de lo que pretendo escribir; quiero, no dar a conocer sino explicarme a mí mismo la deriva de mi existencia, el curso de mi navegación por este mar, a veces embravecido, de la vida en común con mis semejantes, que yo tampoco elegí.

Nací a mediados de los sesenta del pasado siglo, cuando el entonces benéfico dictador, hoy maldecido y vituperado, caminaba ya hacia las últimas etapas de su vida. Mis padres y parientes me explicaron, cuando aquél murió, la preocupación y la incertidumbre que existían en todos los estamentos sobre el incierto porvenir que se avizoraba. Y hubo, en efecto, acontecimientos penosos e inquietantes, como asesinatos de la banda terrorista Eta y de quién sabe qué gente, como ocurrió en el despacho laboralista de Atocha, el estúpido “tic” secesionista, como síntoma de la tendencia suicida de una parte considerable de los españoles, con su opuesta solución dictatorial y represora... Vamos, una nación “idílica” con afán de partirse en mil pedazos, de olvidarse de los cacareados derechos humanos, de la igualdad, de la justicia sin ideologías... Goya tenía una visión certera del español, y sus cuadros son un estudio profundo del alma y psicología populares, como puede comprobarse en “Duelo a garrotazos” o en “Saturno devorando a su hijo”, que fue precisamente lo sucedido en la guerra civil o, como la calificaba Unamuno, incivil, padecida en el Siglo XX.



*Duelo a garrotazos, Francisco de Goya – Wikimedia*

Mi padre me contó cómo uno de mis abuelos que, por no haber otro mejor preparado, había sido elegido alcalde en un pequeño pueblecito cercano, cuando llegaron unas bárbaras tropas, lo encerraron e interrogaron, pero como no tenía nada que decir ni ocultar, le vapulearon sin compasión y, después de largas y dolorosas torturas, decidieron fusilarlo; alguien, para congraciarse con ellos, le dio un hachazo en la cabeza y cubierto de sangre cayó al suelo. Todos lo dieron por muerto y lo arrojaron a una zanja próxima. Mas, en realidad, sólo estaba herido. Consiguió salir de allí y una familia amiga le curó. Y como quiera que a los pocos días los otros también bárbaros enemigos consiguieron tomar el pueblecito, al encontrar al alcalde vivo pensaron, con cierta lógica, que había ayudado o era amigo de sus oponentes, con lo que decidieron torturarlo e interrogarle, sin conseguir otra cosa que hacerle chillar de dolor y negar toda colaboración con nadie. No le creyeron y lo arrastraron hasta una cuneta y un valiente oficial, con un elegante gesto marcial, le disparó. Pero la mala o buena suerte de mi abuelo hizo que la bala le diera en un viejo y grueso medallón, regalo de su esposa, con lo que tampoco lo mataron en esta ocasión. Dolorido el pecho, cuando llegó la noche, consiguió, con torpeza, escapar del maldito pueblo y evitar ser el juguete del “pimpampum” de la soldadesca, adláteres y voluntarios agregados. Con muchas dificultades se escondió en una de las cuevas de la cercana sierra y, según mi padre, convivió con unos humanísimos lobos o perros salvajes, no estaba seguro, que le curaron las heridas lamiéndolas y hasta le facilitaron comida, mediante la caza. Pero llegó el invierno, el frío y nevoso invierno de entonces, cogió una pulmonía y esta vez sí murió rodeado de bestias amigas, que aullaron de tristeza varios días.

Esto me lo contaba padre, ignoro si todo era verdad, por el temor de que cuanto ahora estaba ocurriendo fuera el prelude de otra brutal tragedia, a las que tan dados somos los de este país.

–Tú –me decía– trabaja mucho y junta el dinero suficiente para largarte de aquí.

Yo le obedecí y trabajaba de sol a sol, descansaba mal por las noches y no dejaba de pensar a dónde me encaminaría cuando pudiera.

Tan absorbido estaba por la tarea y por las ideas inculcadas, que tardé bastante tiempo en darme cuenta de la presencia, en la vecindad, de una bella jovencita, en esa interesante edad entre casi niña y casi mujer, que las hacen tan atractivas. Yo la encontré bellísima y admiré sus negros ojos, entre tristes y melancólicos, que lo miraban todo como quien desea encontrar algo imprevisto, desconocido, inconcreto pero apetecible. Yo, que también era muy joven aún, me sentí atraído por ella, si bien mi natural tímido me impedía decirle nada. Fue la chica la que un día, entre sonriente y con ese atrevimiento seductor típico de la feminidad, me preguntó:

—¿Cómo te llamas?

—Carlos —le respondí y, casi tembloroso, me atreví yo:

—¿Y tú?

—Helena. —Y añadió sonriendo: Helena, con hache, como la griega raptada por Paris.

Y sin transición, como conociéndome de toda la vida, me narró la historia de Helena, raptada por Paris, lo que dio lugar a una guerra.

Yo la escuchaba embelesado, pues nunca había oído una voz tan dulce, suave, alegre y musical.

Desde entonces procuré verla todos los días, lo que no era difícil, pues vivía con su tía dos casas más arriba de la mía. Había quedado huérfana y las hermanas de su madre, que eran cinco, acordaron tenerla una temporada cada una, hasta que la muchacha pudiera buscarse sola la vida.

Nos veíamos a escondidas, por temor a su tía, que estaba amargada con el cuidado que tenía encomendado y por recelo a mi padre, cada vez más decaído y temeroso de la gente y de la situación del país. Aquellos momentos eran deliciosos. Con las manos cogidas, apenas hablábamos, en un silencioso, casi mudo coloquio, que sin

duda expresaba mejor lo que nuestros labios callaban. Y mirando alrededor, para que nadie nos viera, nos despedíamos susurrando un “te quiero más que a nada en este mundo” y nos dábamos un breve beso, cuyo sabor aún permanece en mis labios.

Mas, en mala hora, su tía nos descubrió en una ocasión, formó la de “Dios es Cristo”, la abofeteó y conminó a mi padre para que me tuviera atado corto y vigilado, pues trataba de engatusar a la niña y no quería tener problemas mientras estuviera a su cargo; padre, por su parte, enfurecido, volvió a repetirme cien veces que me dejara de tontos amoríos, que mujeres sobraban con dinero y que sólo pensara en juntarlo, pues daba poder, respeto y libertad para enfrentarse a este maldito mundo y sus criaturas. Me recluyó en un pequeño cortijo que poseíamos, encomendándome el penoso e interminable trabajo de labrar la tierra, sembrar, recoger los frutos y transportarlos para la venta, sin apenas descanso.

Así pasaron agotadores días, semanas, meses, sin regresar al pueblo. Pero él estaba cada día más desmejorado y con permanentes dolores, hasta el extremo de que, olvidando la reclusión a que me tenía sometido, terminó por enviarme al boticario para comprar algunas medicinas, aspirina preferentemente. Aproveché este regreso para tratar de ver a Helena, pero fue el sabihondo boticario quien me informó de que había marchado con otra de sus tías. Con un nudo en la garganta, recorrí el lugar donde nos veíamos y, sin poderlo evitar, lloré con desconsuelo, sintiendo que algo se había hecho añicos dentro de mí.

Volví al cortijillo con la decisión de plantearle a padre mi deseo de irme del lugar; pero el estado en que lo encontré hizo que me callara y siguiera en la tarea sin rechistar. Sin embargo, no dejaba de pensar en Helena y por las noches, sin apenas conciliar el sueño, su graciosa figura la veía por todas partes e incluso le dirigía palabras cariñosas, hasta que los ojos se me cerraban. Así pasé poco más o menos un año. El ánimo se fue calmando y, dolorosamente, la imagen de

ella fue desdibujándose y borrándose por la ausencia. Padre estaba cada vez peor. Su hermana, mi tía, que nos cuidaba desde que falleció mi madre, movía pesimista la cabeza cuando hablábamos de él.

Un día en que su aspecto había mejorado y parecía sentirse satisfecho, me cogió del brazo y dando un pequeño paseo entre olivos, me dijo:

–Carlitos, dentro de un par de meses, tendrás dieciocho años, es decir, serás mayor de edad. En el banco, con todos mis días de trabajo, que son muchos, y los tuyos, que también han sido bastantes y pesados, he constituido un capitalito a tu nombre con el cual podrás irte a otro país, si quieres, o empleándolos aquí con inteligencia y laboriosidad, crearte una posición, pues uno de esos listos ministros que ahora tenemos ha dicho que éste es el lugar en el que, con más rapidez, puede uno hacerse rico.

–Pero, papá, yo no quiero dejarte.

–Es lo más prudente, hijo. Tienes una vida por delante y yo, si acaso, unos meses. ¡Calla y no protestes, que sé cuanto digo! Tu tía y yo nos iremos a una residencia, para lo que tenemos suficiente con el arrendamiento de esta finquita. Como ya está a tu nombre, cuando faltemos, la vendes o haces lo que te apetezca.

–Todo eso es una locura –protesté.

–Es lo más sensato que voy a hacer en mi vida. Dentro de un par de meses, lías el petate y te marchas. Si por el momento te asusta saltar al extranjero, puedes ir a Málaga, donde mi primo te informará y aconsejará, como experto que es en asuntos de bancos. En él puedes confiar, pues nos queremos como hermanos. Ea, no se hable más. ¡Ah! Y nada de tonterías, diversiones y amoríos; tiempo tendrás cuando seas poderoso...

Y se fue a terminar sus tareas, dejándome aturdido, confuso, indeciso... Por la noche apenas pude dormir dándole vueltas al asunto hasta que, ya de madrugada, me encogí de hombros y decidí obedecerle. Después de todo, nadie me quería más que él y la experiencia adquirida en tiempos angustiosos y terribles, le empujaba a alejarme



de una posible reproducción de conflictos, cosa que, dado el carácter de los naturales del país, según él, no podía eliminarse. Y los atentados y discordias políticas existentes, parecían darle la razón.

No habían pasado tres meses, una mañana me encontré en el comedor dos maletas nuevas, y encima de una de ellas un sobre. Mi tía, en cuanto oyó mis pasos, se acercó y, de forma muy escueta, como ella hablaba, me informó:

–Dentro de la maleta grande tienes tus trajes nuevos y alguna otra cosa que he comprado. En la pequeña, además de la ropa interior, hay una carpeta con los papeles de tus cuentas y pertenencias. Cuando te acomodes, guárdalos bien. El sobre es para el pariente. Dame un abrazo. A la entrada se encuentra un taxi que tu padre ha llamado para llevarte a la estación. Está pagado y tiene el billete del tren.

–¿Y padre? –pregunté tembloroso.

–No quiere ver cómo te vas. Seguro que está llorando por ahí.

–Pero...

–Obedécele, es su deseo y cree que acabarás siendo feliz.

Me volvió a abrazar, mientras sus ojos derramaban un mar de lágrimas.



*El rapto de Helena, Carlo Garofalo – Wikimedia*



## II

### **De mis primeros contactos en la ciudad.**

Siguiendo instrucciones de padre, el taxista me subió al tren, colocó las maletas y aguardó, cerca de la ventanilla, a que se pusiera en marcha. Con un movimiento de la mano me dijo adiós. Yo, debo confesarlo, sentía un fuerte pellizco en el estómago. Era la primera vez que viajaba en tren y la primera vez que me dirigía a un destino desconocido, sin idea de lo que allí me aguardaba ni de la manera que tenía que comportarme al llegar, y mucho menos, de enfrentarme a un futuro ni siquiera imaginado.

Mirando por la ventanilla, observaba cómo el paisaje parecía deslizarse para atrás y como los postes telegráficos, a un ritmo constante, pasaban rápidos; las ruedas, al pasar por las juntas de los raíles, producían un ruido monótono, adormecedor. En el mismo compartimento viajaba un matrimonio con dos hijos, entre diez y quince años, que no dejaban de moverse y mirar de un lado a otro, discutiendo a veces, casi peleándose en ocasiones. Los padres no dejaban de reñirles pero con escaso éxito.

Sobre mediodía, de una cesta, extrajeron unos bocadillos que se repartieron, no sin antes ofrecerme algo, que yo agradecí. Por mi parte también abrí un pequeño envoltorio que había preparado mi tía, con un bollo repleto de salchichón y otros embutidos. Con el nerviosismo que recorría todo mi cuerpo, el apetito se había esfumado. No obstante, comí algunos bocados, más para pasar el rato que por necesidad. La mayor parte lo envolví de nuevo con cuidado, por si más tarde hubiera necesidad de recurrir a él.

Con aquella familia sólo crucé algunos monosílabos, respondiendo a la mujer, que se interesó por mi destino, mi edad y estado – ignoro el por qué de su curiosidad–, y transcurridas un par de horas, el tren disminuyó su velocidad hasta parar por completo en una estación que, por su pequeñez, comprendí no era la de obligado descenso.

–Aquí espera –comentó el hombre– hasta que pase el expreso de Madrid.

Y así ocurrió. A los cinco o seis minutos, a todo gas, pasó el expreso sin detenerse. Y nosotros, con lentitud, nos pusimos de nuevo en marcha.

–Dentro de un par de horas –volvió a afirmar– llegaremos a la ciudad.

El tren adquirió cierta velocidad, que disminuyó un poco cuando penetró en unos túneles que nos situaron, al finalizar, en una garganta estrecha entre dos montañas. La vía férrea discurría, alta, por una de las laderas, y desde la ventanilla podía verse el fondo por el que corría el agua de un río que, según comentó el hombre, se transformaba más adelante en un pantano, a cuyo pie las turbinas de una central hidroeléctrica, producían energía para la comarca. El paisaje es impresionante y asusta, pese a su belleza. Desde la altura por la que circula el tren no se puede evitar cierto vértigo. Salvado este trayecto, el tren atraviesa una pequeña vega y, en la lejanía, se adivina ya la ciudad, tanto por la capa oscura de aire que como una boina cubre el espacio, como por la frescura, más que percibida, intuida del mar.

En efecto, no tardan mucho en aparecer en el horizonte los primeros edificios y detrás de ellos una gran masa de agua. Para mí, que era no sólo la primera vez que hacía un viaje de cierta distancia sino, también, la única ocasión que había tenido de ver el mar, con sus aguas en perpetuo movimiento y limitando, en la costa, la tierra firme, el espectáculo resultaba emocionante y a la vez sorprendente. El tren, cada vez más despacio, entra en la estación, sembrada de vías entrecruzadas, de vagones y grúas colocando contenedores en ellos.

Los viajeros preparaban sus maletas y cuando el tren para y sus puertas se abren, fueron descendiendo con premura.

–Baje usted primero la maleta grande, que debe pesar –me indica el compañero de compartimento– y luego viene por lo demás. Nosotros, mientras preparamos nuestro equipaje, lo vigilarémos.

–Gracias, así lo haré. –Y entre empujones de los que tenían prisa, conseguí llegar al andén. Solté la maleta y con rapidez subí por la otra y me despedí de los que habían estado conmigo durante horas. Pero cuando bajé de nuevo no encontré la maleta grande. Miré con angustia el lugar donde la había dejado y no estaba. Uno de los chicos de mi compartimento, asomado a la ventanilla, a voces, me explicó que un hombre se la había llevado.

–Dígalo al guardia que está en la puerta –me aconsejó el padre.

Seguí el consejo, pero el policía se encogió de hombros y, sin preocuparse ni hacer nada, me dice:

–Algún ratero será. En la estación abundan y no debe uno perder de vista las pertenencias.

–¿Y qué hago? –pregunté angustiado.

–Puede denunciar el hecho en aquella oficina policial, pero seguro que el ladrón estará ya lejos.

Sólo me faltaba llorar. En la oficina tomaron nota, hube de enseñar mi documentación y tras muchas preguntas, que parecía yo el ladrón, firmé diversos papeles, señalando como dirección la del pariente de mi padre.

Bien sujeta la maleta pequeña, más importante que la grande, pues contenía mis papeles y cartillas reflejando la situación de mis dineros, cogí un taxi e hice que me llevara a casa del familiar, situada en un edificio alto y nuevo. La falta de costumbre hizo que no acertara con el timbre porque, como me enteré después, era una combinación de letras. Por suerte para mí, llegó un individuo y, con agilidad, tecleó el chisme y la puerta se abrió, momento que aproveché para entrar.

El hombre, como si yo no existiera, subió al ascensor y escapó hacia las alturas, sin ni siquiera mirarme. Mi temor a una equivocación o a quedarme encerrado me aconsejó subir por las escaleras. Según la carta que llevaba era un sexto piso, puerta D. Como soy fuerte y esta maleta pesa poco, llegué con facilidad.

La puerta la abrió un señor –deduje que era el primo de padre– que me observó durante un buen rato y al final dijo:

–Eres Carlitos, el hijo de mi primo, ¿no?

–Sí, señor –contesté tímido.

–Bueno, voy a llevarte a una pensión muy acogedora, en la que te he reservado alojamiento. Espera un momento que me ponga la chaqueta –y se entró sin invitarme siquiera a pasar.

Salió rápido, nos introdujimos en el ascensor y bajamos hasta el aparcamiento del edificio, donde tenía el coche. Por el camino se disculpó.

–Mi piso no es muy grande y tengo por una temporada a familia de mi mujer, por eso no he podido alojarte.

–Es igual –comenté. Y después le referí el robo de la maleta.

–Si sólo contenía ropa, la cosa no tiene mayor importancia. Como posees medios, mañana temprano te compras la que necesites.

Por el camino me fue haciendo preguntas sobre mis conocimientos y el trabajo que hasta entonces había realizado.

–Me quitaron muy pronto del colegio, sé leer bastante bien pero estoy flojo de números. Siempre he trabajado en el campo, desde los doce años. Y le mostré mis manos callosas y curtidas.

–Aquí se están abriendo muchas posibilidades. Mañana hablaré con algunos empresarios que conozco para buscarte empleo, pues no conviene que gastes lo que tienes. Ve a verme al banco donde trabajo, sobre la una, y ya tendré resuelto el problema. En esta tarjeta está la dirección. No tienes nada más que coger el tranvía que para frente a la pensión y te bajas delante del puerto. Allí verás el edificio de la sucursal.

Aparcó el coche junto a la que debía ser la pensión y nos bajamos. Llamó y nos abrió una mujer, con aspecto poco agradable, estevada y creo que bizca.

–Doña Petra, éste es mi pariente. Espero que lo cuide bien.

–No se preocupe – respondió con voz ronca–.

Aquí estará como en su casa.

Nos llevó a un cuartucho, estrecho y no muy limpio, con una cama. Lo bueno de él era que daba al mar y se escuchaban las olas chocar contra las rocas. Por el pasillo una muchacha, muy parecida a Doña Petra, curioseaba indiscreta.

–Tengo tres huéspedes más que trabajan en una obra cercana. No dan mucho quehacer.

–Bien, te dejo en buena compañía –aseguró el pariente–. Mañana te espero ¿vale?

–Sí, señor.

Y se marchó con rapidez.

–Dentro de una hora cenamos –me informó Doña Petra–. Mientras puedes acomodar tus cosas en el cuarto.

Cerré la puerta, me senté sobre la cama y, silenciosamente, se deslizaron por mis mejillas unas lágrimas... ¡Qué sólo estaba y qué lejos de los míos y de mi lugar conocido!

Durante la cena –apenas probé algo– conocí a los otros huéspedes, que muy concisos y sin gran interés, me preguntaron sobre pequeñas curiosidades de mi persona, tal vez porque estaban cansados. Yo me retiré pronto y me acosté. La noche la pasé casi en blanco; únicamente al amanecer me adormilé algo. El movimiento de los otros,



*El dormitorio en Arlés (primera versión),  
Vincent van Gogh – Wikipedia*

que se levantaban temprano para el trabajo, acabó por despertarme.

Cuando salí tenía preparada una taza de café y varias galletas por la señora Petra. Ya con cierta confianza, le referí el robo de la maleta y la necesidad que tenía de adquirir alguna ropa.

–Es mejor que Pepita te acompañe, pues ella sabe escoger y evitará que, como de pueblo, te engañen.

Una vez desayunado, dio instrucciones a su hija, y los dos salimos para hacer la compra. Pepita, como he explicado algo, no era nada agraciada, pero tenía unos ojos negros en cuyas miradas podían adivinarsen un fondo de bondad que hacía olvidar el resto de su persona.

En una tienda no muy lejana, escogió con soltura un par de trajes, ropa interior y de trabajo y, con una firmeza insospechada, discutió precios y consiguió sustanciales rebajas. Todo resultó aceptable y barato.

Cuando volvimos a casa, muy resuelta, me prometió que los pantalones, un poco largos, ella los arreglaría. Y mientras me lo decía, me miraba contenta y afectuosa. Este primer contacto realizó el milagro de que, en lo sucesivo, no viera su aspecto físico y nacieran en mí una gran simpatía y un creciente afecto a su persona.

Una vez soltada la compra, me acompañó a la parada del tranvía, me recomendó que distribuyera el dinero en varios bolsillos y tuviera mucho cuidado al bajarme en la parada frente al puerto, pues por allí pululaban los carteristas.

Al ponerse en marcha el tranvía le dije adiós con un gesto de la mano, que ella correspondió con una sonrisa un poco forzada, pues procuraba no mostrar la dentadura desigual. Tras casi media hora, con breves paradas, llegamos al puerto. Descendí con cuidado y observé con atención el lugar. Había mucho movimiento de gente caminando en distintas direcciones. Con la mirada recorrí los diversos edificios, que formaban una amplia plaza, buscando la sucursal del banco donde trabajaba el pariente, que al fin localicé. Con precaución, pendiente de los semáforos, un poco nervioso, entré en la



oficina. Detrás de un mostrador de mármol, de forma semicircular, estaban situados varios empleados. Como no veía a quien buscaba, pregunté por él, enseñando la tarjeta, a un señor uniformado, tal vez guarda de seguridad, que paseaba entre los clientes. Me indicó la puerta de un despacho y allí me dirigí. Entreabriéndola, tras unos golpecitos, escuché su voz:

–¡Adelante!

Pasé y él comentó:

–¡Ah! Eres tú. Siéntate.

Hizo una breve pausa, como para resaltar la importancia del momento, y me dijo:

–Ya tienes empleo. Es un constructor que realiza una gran obra justamente a las espaldas de este edificio. No tiene pérdida. Preséntate mañana, a las ocho, con esta tarjeta que me ha dejado. Si te portas bien, con él tienes el futuro asegurado. Para cualquier problema que te surja, ve a casa, o me llamas al teléfono, que figura en la tarjeta que te di ayer.

Se levantó y con su mano sobre mi hombro, me llevó hasta la puerta, mientras me aconsejaba:

–Mucho cuidado con la gente, que existen maleantes incluso en la sopa, y suerte, hijo.

Una vez en la calle, pensé: no es muy afectuoso, ni parece el familiar que mi padre creía. Pero, ¡qué más da!... Por lo menos, de momento, tengo trabajo. Ya procuraré ser más vivo. Lo que no creo es que me vaya a hacer rico, como espera padre. Pero no lo preocuparé; escribiré diciéndole que todo va bien.

Mientras caminaba despacio, pensando en todo esto, sentí cómo me tocaban por detrás el bolsillo; me volví rápido y le arreé un sopapo al ratero que, dando traspiés, se alejó corriendo.

Tomé de nuevo el tranvía con dirección a la pensión, donde encontré a Pepita –¡que amable!– arreglándome los pantalones.

–Pruébatelos, a ver cómo quedan.

Lo hice y,  
efectivamente,  
estaban bien.

–Eres una joya, Pepi-  
ta. ¿Cuánto te debo?

Ella bajó la cabeza, ruborizada,  
al contestar.

–Nada, ésto no tiene importancia. Cuan-  
do necesites algo, dímelo.

–Gracias, eres muy amable.

Era la única persona, desde mi llegada, que se por-  
tó bien, servicial y solícita conmigo.

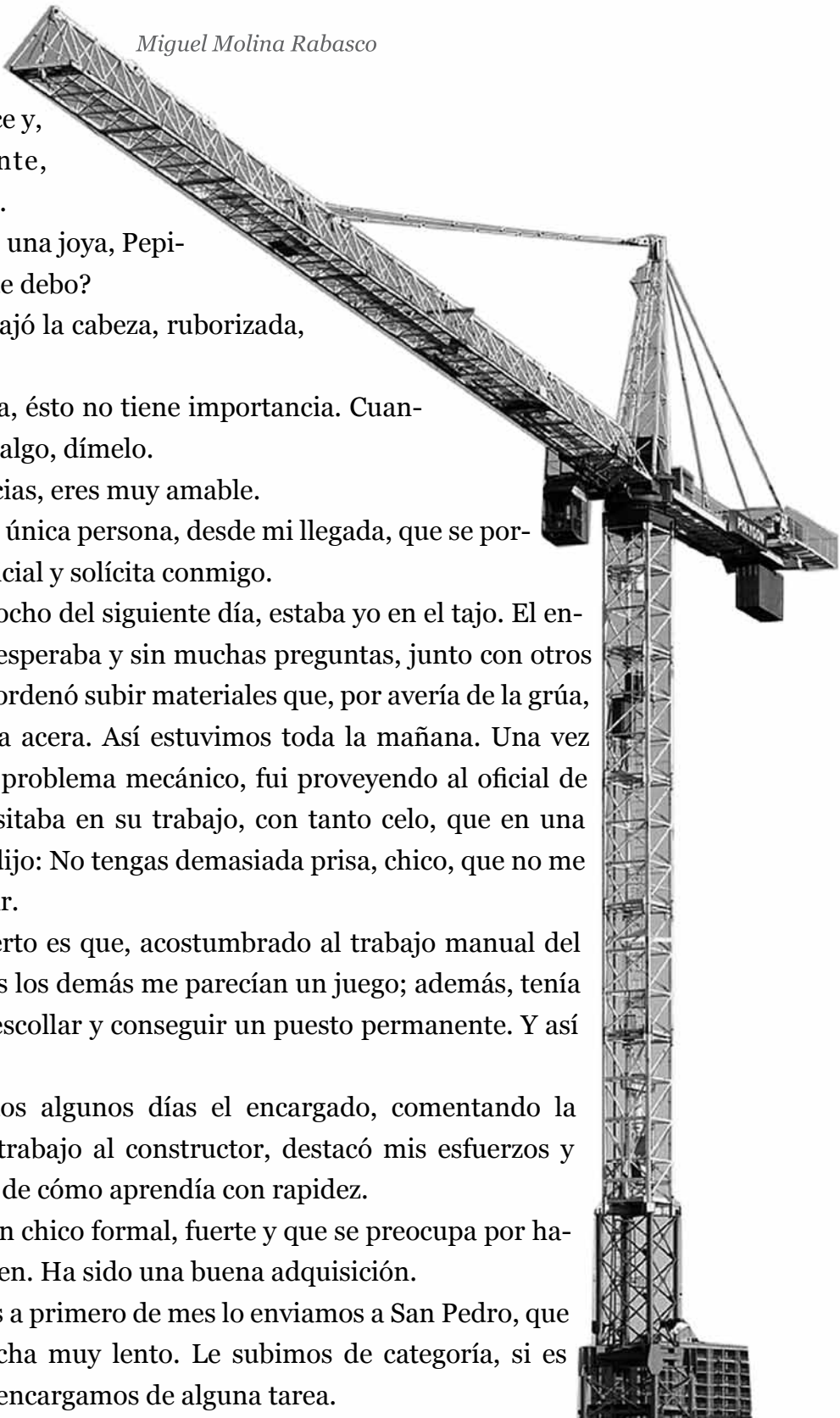
A las ocho del siguiente día, estaba yo en el tajo. El en-  
cargado me esperaba y sin muchas preguntas, junto con otros  
peones, nos ordenó subir materiales que, por avería de la grúa,  
estaban en la acera. Así estuvimos toda la mañana. Una vez  
arreglado el problema mecánico, fui proveyendo al oficial de  
cuanto necesitaba en su trabajo, con tanto celo, que en una  
ocasión me dijo: No tengas demasiada prisa, chico, que no me  
dejas respirar.

Lo cierto es que, acostumbrado al trabajo manual del  
campo, todos los demás me parecían un juego; además, tenía  
interés en descollar y conseguir un puesto permanente. Y así  
ocurrió.

Pasados algunos días el encargado, comentando la  
marcha del trabajo al constructor, destacó mis esfuerzos y  
constancia y de cómo aprendía con rapidez.

–Es un chico formal, fuerte y que se preocupa por ha-  
cerlo todo bien. Ha sido una buena adquisición.

–Pues a primero de mes lo enviamos a San Pedro, que  
aquello marcha muy lento. Le subimos de categoría, si es  
preciso, y le encargamos de alguna tarea.



En la pensión, Pepita, cuando se enteró que, por algún tiempo, me desplazaría a otro lugar, se llevó un disgusto. Aunque trataba de disimularlo, sus miradas involuntarias y tristes, la delataban. Yo, que le había tomado afecto por sus atenciones, trataba de quitarle importancia al hecho.

—Serán unos pocos días. El constructor se fía mucho de mí y quiere que vigile una temporada aquello, para que mejore el rendimiento del trabajo.

Y la verdad es que era así. Pero no voy a hacer un relato interminable de mis comienzos. Trabajé mucho sin rechistar, cuidé de todo como si fuera mío, aprendí con prontitud y, en los ratos libres y por las noches o descansos, estudiaba cuanto podía, para convertirme en un profesional competente, cosa que conseguí. Por otra parte, como ganaba bastante más de lo que gastaba, mis ahorros crecían a buen ritmo.

Al cabo de pocos años el empresario había depositado en mí toda su confianza y la práctica dirección de todos los trabajos. Yo, con prudencia, empecé a obtener ganancias adicionales fuera del trabajo. Adquiría, en proyecto, algún que otro apartamento o piso de urbanizaciones bien situadas, y como la demanda crecía constante, los vendía incluso antes de estar terminados, a un precio superior, con un beneficio para el que, muchas veces, no se había ni cruzado dinero.

Mi propio patrón, que es un lince para esta clase de operaciones, me indicaba algunas interesantes en las que el riesgo era mínimo.

Con la confianza que otorga el trato leal durante el tiempo — que ya era bastante— trabajando juntos, hizo que un día me propusiera formar, entre los dos, una sociedad dedicada a estas compra—ventas. El pondría el sesenta por ciento y yo el cuarenta restante. Acepté pues ya poseía recursos bastantes, que en el banco apenas producían.

Yo seguí dirigiendo su empresa de construcción y él, muy relacionado y con mucha sagacidad y labia, llevó la recién creada. Nos

reuníamos, como mínimo, una vez al mes para darnos cuenta mutua, comprobar las ganancias y programar futuras actuaciones. Y la verdad es que todo marchó mejor de lo que esperábamos. La demanda aumentaba y el dinero fluía como de un manantial. Yo recordaba, con frecuencia, la afirmación de un ministro de González, cuyo nombre no recuerdo, de “que en este país era fácil hacerse rico”.

Todo iba como sobre ruedas, nuestras sociedades crecían sin cesar pero, sin embargo, a mí, de vez en cuando, me asaltaba una honda preocupación. ¿Cuánto duraría esta suerte? ¿Podría mantenerse, de manera indefinida, un crecimiento tan acelerado?

Una noche, cenando juntos, le confesé a mi socio esta preocupación.

–No seas tonto; mientras hayan extranjeros que quieran sol...

–Pero es que nos estamos dando con la costa. Además, por ahí se comentan los sobornos existentes con los políticos... Esto puede terminar mal.

–Pero es que nosotros no tenemos nada que temer, todo lo hacemos legal... Pero, sin embargo, tienes razón: todo tiene un límite, incluso el crecimiento. Haremos una cosa: vamos a terminar las urbanizaciones que tenemos en marcha cuanto antes; y los recursos que poseemos y que obtengamos, los vamos a encauzar a otros negocios.

–¿Cuáles?

–No lo he pensado, pero hay muchos, como la agricultura, las conservas, el comercio, el transporte... En fin, lo que estudiemos y sea más atractivo y estable.

–Me parece muy bien, confío en ti.

–Y yo en ti –dijo él, dándome un abrazo–, para mí eres como el hijo que no he tenido.

El cambio, he de reconocerlo, no era fácil. Las tareas en que estábamos embarcados eran grandes y requerían algunos años para terminarlas y desprenderse de ellas; mas todo requiere un comienzo y eso es lo que proyectamos e hicimos.

Mi padre había muerto años atrás; mi tía, que no quiso quedar sola en la residencia, volvió al pueblo, a nuestra casa. Una familia, a la que yo pago, la cuida. Hoy me llaman porque está agonizando. Cojo el coche y por el camino comunico a mi socio dónde voy. Cuando llego, la pobrecita ya se ha ido, dejando sólo la arrugada y consumida muestra de su casi centenario cuerpo, en tiempo anterior fuerte y esbelto.

Por el momento sólo decido que el matrimonio que cuidaba a la tía siga allí. Recojo, sin examinarlos bien, papeles y fotos amontonados en una cómoda. El cortijo y las tierras que lo circundan los dejo arrendados casi simbólicamente al mismo que hasta entonces los tenía, si bien con el compromiso firmado de devolverlos cuando yo lo pidiera. Y abandono de nuevo el pueblo, no sin cierto sentimiento. Por la noche, ya en mi piso, me entretuve en ordenar los papeles recogidos. Nada importante ni válido: cartas, notas de cosechas, fotografías. Examinando éstas, encuentro algunas de mi niñez y juventud. Una de ellas me conmocionó: estábamos Helena y yo juntos. Busqué, entonces, con interés en el resto una que ella me había dedicado. Di, por fin, en aquel revoltijo, con la foto: era, en aquel tiempo, una joven bellísima, con unos ojos de mirada dulce que seducían; al respaldo, con una letra clara, perfecta, de colegiala aplicada, podía leerse: “Para Carlitos, con el sincero cariño de Helena”.

Por primera vez en muchos años, no había sentido emoción y dolor iguales. Silenciosas lágrimas se desprendieron de mis ojos. Y me vino el recuerdo, incluso la deliciosa sensación de sus labios, en los pocos y leves besos que tuvimos oportunidad de darnos. Fue, en este momento, cuando me di cuenta, con toda su crudeza, de los años pasados ya; de que me había transformado en un avanzado cincuentón, rico pero casi gastado; con poder e influencias, pero sin afectos ni compañía; tal vez temido, pero no querido... ¿Para qué tantos esfuerzos? ¿Para encontrarme al final, en fría soledad, sin nadie a quien abrazar, besar y acariciar? El trato pasajero y urgente, el placer tran-

sitorio con alguna chica de un club nocturno o de carretera, pagado con escasa generosidad, acorde con las fingidas caricias adquiridas, no eran comparables a las que hubiese podido recibir de Helena, tan inocente, tan sincera, tan atractiva y enamorada.

Pasé la noche en blanco, mirando la foto, sin moverme, sin pensar en nada, sin decidir qué hacer, como petrificado, convertido en un objeto más de la estancia... Varias veces sonó el teléfono y no lo cogí; carecía de fuerzas y de ánimo para levantarme y hablar. Pasaría una hora cuando sonó el timbre de la puerta. Haciendo un gran esfuerzo, abrí. Era mi socio.

–¿Qué te pasa? ¿Por qué no has cogido el teléfono?

Me encogí de hombros, sin contestar. Él trasteó entre los papeles y fotos de la mesa.

–¿Quién es esta chica tan guapa?

–Fue mi novia –acerté a contestar.

–¡Ah! –exclamó.

Sagaz como era, no dijo nada. Fue a la cocina, calentó un vaso de leche y me obligó a beberlo. Luego, empujándome, me llevó al dormitorio, me desprendió la chaqueta y me acostó.

–Descansa y mañana hablaremos.

Oí como cerraba la puerta, después de apagar la luz.

### III

#### **De los consejos que recibí sin pedirlos**

Cercano el mediodía llegó de nuevo a casa don Ramón. Yo me había recuperado algo y le agradecí su interés.

–Comprendo –dijo– que hayas sentido cierta conmoción con el recuerdo, pero de las relaciones que con ella tuviste, han pasado ya cuarenta años; ni ella ni tú sois ya los mismos. Y por muy enamorados que estuvierais, si ahora la encontraras, ni la reconocerías. Olvida todo, como una aventura del pasado y diviértete. Hoy, con tus medios y posición, puedes tener las más bellas y atractivas mujeres.

–Es verdad, pero las circunstancias son distintas: las de mi edad no me atraen y a las que me atraen, no les gusto. Si me aceptan es por puro interés y la entrega nunca es sincera sino forzada, con prisa, para terminar y sacar mayor rendimiento a sus encantos.

–No seas malvado; habrá de todo en esa viña. Dentro de unas horas me voy a Berlín, a terminar los negocios que allí tenemos pendientes. En cuanto regrese planificaremos el porvenir, ahora que tenemos tiempo y numerosos medios.

Como para casi todo encuentra solución, creo que ahora piensa conseguir sacarme de la tristeza. Es único.

Por la tarde recibí una llamada que me ayuda a escapar de mis melancolías y recuerdos. Era Pepita, que quiere consultarme un problema.

Debo aclarar que, desde aquellos primeros días pasados en la pensión regentada por su madre, había mantenido una buena amis-

tad con ella. Con el trato, su bondad, sus miradas dulces y cariñosas, sus acciones siempre desinteresadas y amables, acababan por atraerte y que la quisieras cada vez con mayor intensidad y sin reservas. Aunque de tarde en tarde, yo las visitaba y me acogían con verdadero afecto y alegría. Cuando la madre se puso muy malita, yo estuve siempre pendiente de ambas, de que no les faltara nada; y cuando murió no me aparté ni un momento de Pepita, como si fuera mi hermana.

Pasados unos meses, la convencí para que arreglara el piso y cambiara el mobiliario; para ello le envié algunos de mis trabajadores, que modificaron las habitaciones, aumentaron los cuartos de baño y aseo, cambiaron las puertas viejas y agrietadas, consiguiendo que todo resultara como nuevo y más alegre y cómodo. Un proveedor mío facilitó nuevos muebles a precio de coste. Para que no estuviera sola, contraté a una buena mujer –también solitaria– que le ayudaba en las tareas al tiempo que se daban mutua compañía.

Pepita, que era inteligente, seleccionó los huéspedes –personas jubiladas que no ofrecían problemas ni se mostraban exigentes. Su vida, pues, se desarrollaba con tranquilidad y sosiego. Cuando llegué a casa de Pepita, me recibió con mucha alegría, y tras un fuerte abrazo, me obligó a sentarme en un pequeño recibidor, que ella reservaba para aislarse, con ánimo de explicarme su problema. Sin embargo, al observarme triste, tras prepararme un buen café, se limitó a preguntar:

–¿Qué te pasa, Carlitos?

–Mujer, si yo he venido para conocer tu problema...

–Pero lo tuyo es más importante. Te conozco desde hace muchos años y no puedes engañarme.

Me cogió las manos, acariciándolas con cariño y reteniéndolas entre las suyas.

–Son tonterías mías, no te preocupes.

–Pues cuéntamelas –insistió, en tanto me miraba, muy preocupada, con sus negros ojos a punto de romper en llanto. Soy la



única persona que quiere en este mundo, me lo ha demostrado en muchas ocasiones, ignoro si por haberla tratado como era, un ser bueno y sensible, o porque, desde el primer día, tal vez representaba su ideal de hombre. Quizá por esto último y, en consecuencia, por temor a hacerle daño, dudaba en desahogarme en ella.

—Cuéntame todo, Carlitos, como si fuera tu confesor o, tal vez mejor, tu anciana madre. Te quiero demasiado, y me conozco bien, para no juzgarte ni reprocharte nada.

Con rapidez me hizo otro café, me pasó sus manos por la cabeza, como alisándome el cabello, me volvió a tomar las manos, transmitiéndome su calor e insistió con energía:

—Te escucho.

Un poco titubeante y torpe, le di detalles de mi infancia en el pueblo, de la escuela, en la que permanecí pocos años, de las miserias de la guerra, de los temores y consejos de mi padre, empeñado en que no tuviera que valerme de nadie y adquiriera riqueza, el único poder —según él— que da libertad; y me recomendaba no perder tiempo en juegos, en diversiones, en chicas. Así me apartó de mi única novia, una casi niña que me adoraba y a la que yo quería con locura. Se llamaba Helena. Los breves momentos que pasé con ella son los únicos recuerdos felices de mi vida. Ignoro si por influencia de padre o porque su tía no quería cuidarla, la cuestión es que se marchó del pueblo, a casa de otra parienta, pues había quedado huérfana. La presión de mi padre y el trabajo agotador que realizaba, fue borrando de mi mente nuestro corto amorío y la dulzura de los pocos besos que nos dimos, burlando la vigilancia familiar. Pasados unos años me trasladé aquí —tu casa fue



mi primer hogar en la ciudad—, tuve también suerte en el trabajo, en el que conseguí ser socio de mi patrón. Han pasado años y años —tú los conoces— dedicados sólo a conseguir la posición recomendada en mi juventud. Hace unos días, como consecuencia del fallecimiento de mi tía, regresé al pueblo para organizar la pequeña hacienda poseída. Al propio tiempo, examiné los documentos y papeles que existían amontonados en un arcón; entre ellos fotografías de mi niñez y adolescencia, así como varias de Helena. Y al verla tan bella y recordarla tan inocente y cariñosa, he descubierto, de repente, cuánto tiempo he perdido, enfrascado en la ambición. Ambición, hoy lo estoy comprobando y comprendiendo, que me ha hecho perder, convertir en humo, en nada, la edad más atractiva y hermosa de una persona. Hoy me encuentro solo, sin hijos, sin una esposa que me acompañe y ayude en los momentos difíciles o cuide en la enfermedad.

—Pero todavía te encuentras muy bien, habrá multitud de mujeres dispuestas a compartir contigo sus vidas...

—No te equivoques, Pepita, soy ya un cincuentón avanzado: las mujeres de mi edad no me atraen y las que me atraen pueden ser mis hijas y ven en mí un viejo. Únicamente un interés egoísta, motivaría una unión, no el amor, y eso no me haría feliz. Toda mi vida, hasta ahora, ha sido un tremendo error, que me hace sufrir. Miro y remiro esta foto de Helena, con su casi infantil dedicatoria, y me estremezco de emoción al recordar aquellos días cuando, tembloroso, le cogía la mano y, como tú haces en estos momentos, la acariciaba con suavidad, incansable, y acercaba mis labios a los suyos, y los besaba, haciendo que ella se ruborizara y bajara el rostro, tímida... Por las noches, sin poder apenas dormir, pienso en todo lo que he perdido al no haberla hecho madre de mis hijos y compañera fiel. Tengo dinero, bienes, influencias, pero carezco de felicidad.

—Todavía estás a tiempo. Te conservas muy bien y cualquier mujer podría darte, si no con la intensidad y ardor de la juventud, un tranquilo bienestar, un amor templado, constante y sincero.

–No es tan sencillo, Pepita. ¿Dónde puedo encontrar una mujer con esas condiciones? No hay muchas Pepitas, como tú, tan limpias de corazón y con capacidad para amar a esta edad que, a la vez, sean atractivos. (Después, a solas, me di cuenta de lo cruel que, inconscientemente, había sido con ella).

Quizá por mis torpes palabras permaneció un buen rato callada. Luego, tras un hondo suspiro, fijando sus húmedos ojos en mí, con inusitada energía, me preguntó:

–¿Y por qué no la buscas? Helena, poco más o menos, será de tu edad.

–Posiblemente esté ya casada y con su vida hecha.

–¿Y si, como tú, no ha querido ligarse a nadie por tu recuerdo o por desconocidas circunstancias? Es posible que, sin haber pensado en ello, te esté aguardando y sueñe con encontrarte.

–Todo eso es una locura.

–¿Y qué pierdes con esa locura? Tu situación presente y futura la tienes resuelta. Puedes, durante todo el tiempo que quieras, correr la aventura de buscarla: así tendrás una actividad que te libere de tristezas y una ilusión que te haga excitante el hecho de vivir,

Nunca había escuchado a Pepita hablar de esta manera. Sorprendido, me quedé mirándola sin saber qué decir. Su cara reflejaba una bondad que jamás había percibido con tanta claridad y que la embellecía; sin resultar atractiva, no era ya aquella mujer de físico desfavorecido, por no decir feo. Los años, sin duda, la habían ido igualando a otras mujeres, más o menos bonitas en su juventud, porque el tiempo, cruel e implacable, acaba deteriorando a todas.

Ante mi muda perplejidad, continuó:

–Nada arriesgas y, con suerte, incluso puedes alcanzar esa felicidad que piensas has perdido sin remedio, encontrando a tu Helena o, tal vez, a otra con capacidad y cualidades para sustituirla. No seas cobarde ni caigas en depresión. El mundo es de los arrojados, que siempre ven en el horizonte una luz que los llama.

–Pero, Pepita, he venido para solucionarte el problema que tienes y eres tú la que trata de arreglar los míos.

–Tú y todo lo que te afecta, es lo más importante para mí. Ojalá tuviera yo una varita mágica, como las hadas, para hacer el milagro.

Y, sin pensarlo, se echó en mis brazos. Yo, por primera vez, la apreté contra mí y besé sus ojos, llevándome en los labios el sabor de sus lágrimas. Así permanecimos un buen rato, hasta que sin dejar de acariciarme la cara, me rogó:

–Hazme caso, Carlitos. Yo también seré feliz si tú lo eres; no tengo a nadie en este mundo: sólo a ti.

Todavía emocionado me fui hacia casa despacio, recibiendo la fresca brisa del mar, caminando por el paseo marítimo, para retardar encerrarme solo. Por fortuna me encontré con Ramón, mi socio, que iba a verme.

–A tu casa me encaminaba. Pero ¿qué cara es esa? ¿Qué te ocurre?

–Nada, no te preocupes. Estoy cansado, eso es todo.

–Pues tómate el descanso que quieras. Todo marcha bien y aquí estoy para resolver lo que de improviso pudiera suceder.

–Pues quizá te haga caso. Necesito un cambio de ambiente.

–No lo retrases, entonces.

–No dejaré de contactar contigo, de vez en cuando.

–Me parece muy bien. Vamos a tomar algo en aquel bar.

Estuvimos un buen rato charlando, en especial de los negocios, de cómo marchaban las cosas en el país, bastante preocupantes, de nuestro acierto al abandonar ciertos proyectos y actividades y cómo las sociedades en que somos mayoritarios, cada vez van más fuertes y seguras.

–Llámame con frecuencia y diviértete mucho, pues te lo has ganado tras tantos años de esfuerzos, trabajos y preocupaciones. Yo mañana voy a Berlín, así que un abrazo de despedida.

Nos lo dimos y yo me encaminé a casa, mientras planificaba mi actuación de detective. Estaba extrañamente contento.

## IV

### De cómo realicé las primeras indagaciones

Ya acostado, como no podía dormir, pensé en la manera mejor y más práctica de realizar la búsqueda de Helena. Lo más acertado, en principio, parecía enterarse de los domicilios de sus parientes, las tías o los familiares de ellas que aún existieran, pues si mal no recuerdo tenían encomendada, por turnos, el cuidado de la chica. Algunos podrían darme, sin duda, noticias sobre Helena, del sitio donde se hallaba o pudiera estar, y de cómo había sido su vida. Lo primero – decidí– sería volver al pueblo y averiguar, con los parientes que aún allí existían, a dónde se fue y con cuál de sus tías, así como las direcciones y ciudades en las que habitaban.

Decidido, pues, a iniciar la aventura, cerca del amanecer me quedé dormido y desperté cuando mi sirvienta –una mujer mayor, viuda, que llevaba años conmigo– golpeó con suavidad la puerta del dormitorio, para avisarme de que el desayuno estaba preparado.

Tras una breve ducha, tomé el café y algunas galletas, en tanto la informaba de mi marcha.

–Voy a estar fuera durante tiempo. Usted, como siempre, siga en la casa y cuide de todo. Para cualquier problema que pudiera surgir, se dirige a don Ramón, mi socio, y él lo solucionará. Le dejaré dinero para los gastos. De todas formas, si le hiciera falta más, pídalelo a él. Yo, de vez en cuando, le llamaré para saber como está y si me necesita.

–¿Tanto va a durar la ausencia?

–No lo sé con exactitud; espero no tardar mucho.

Como ya lo tenía decidido, al día siguiente, una vez preparado un equipaje ligero y los recursos necesarios para cualquier contingencia, cogí el auto y, sin prisa imprudente, me dirijo a mi pueblo natal a iniciar allí la obtención de datos para la búsqueda de Helena. Hice algunas paradas en el camino, procurando llegar al atardecer, con objeto de no llamar mucho la atención. Para no molestar a quienes ocupaban mis fincas, me alojé en una mediana pensión, único establecimiento de hospedaje que existía. Como los dueños o quienes trabajan en tales establecimientos, tratan con mucha gente y se enteran de los sucesos ocurridos en el pueblo, mientras cenaba procuré sonsacar a la hospedera que, salvo en casos excepcionales, servía ella misma, sobre la familia de Helena. Así supe que la tía que yo conocí, por causa de los muchos años, estaba incapacitada y con sus facultades mentales muy deterioradas. La hija llevaba la casa y se había casado con un buen hombre, muy trabajador, y no tenían descendencia.

Con estos conocimientos, al día siguiente fui a la casa de la familia de Helena, situada cerca de donde yo habité. La tía, muy anciana, ni me reconoció ni me recordaba; la hija, sin embargo, con sólo verme, me identificó y saludó efusiva. Se había llevado muy bien con su prima y conoció mi relación con ella. Después de las preguntas habituales tras una larga ausencia, le expuse sin circunloquios el objeto de mi visita: averiguar dónde estaba. Con sinceridad me informó que, como no congeniaba con su tía, y como con mi reclusión en el campo nada le atraía del pueblo, decidió irse con la de Madrid, pese a que ni la conocía.

–Mi madre –continuó compungida– se sintió aliviada y alegre, contenta, diría yo, por no tener responsabilidad. Por mi parte lloré mucho, porque quería a mi prima y conocía su bondad y limpio corazón, ganándome por tal causa muchas reprimendas.

–Una vez en Madrid –pregunté– ¿recibías noticias?

–Sí, me escribía con frecuencia. Y por lo que se deducía de sus escritos, muy discretos, eso sí, tampoco allí encontró la acogida que merecía. La colocaron en una tienda, pero no duró mucho, lo que irritó a la familia, que volvió a buscarle otro trabajo. De lo que pasara después, no se nada, pues le escribí varias veces y no obtuve contestación.

Próxima la hora del almuerzo, con los detalles que me había dado durante mi visita y las direcciones de los familiares con los cuales, en teoría, debió estar, regresé a la pensión.

Por la tarde fui a la finca arrendada. Aunque no estaba lejos cogí el auto, pues negros nubarrones amenazaban lluvia y, por otra parte, ya anochecía pronto. Me recibieron muy amables, obligándome a quedarme a la cena. Me dio cuenta de lo bien que iba todo, con el ofrecimiento de que si necesitaba algo contara con todos sus allegados. Me interesé por los sucesos y la marcha del pueblo, pero nada saqué en claro de Helena, ya que no habían tratado a la familia ni a ella la habían conocido.

Cerca de la medianoche me despedí y, con precaución, pues lloviznaba, conducía pensativo cuando en un recodo vi una furgoneta aparcada y a varios individuos alrededor. Me paré y bajé, por si necesitaban algo, pero la respuesta fue un garrotazo en las espaldas, puñetazos y patadas que me hicieron perder el conocimiento. Cuando me recuperé y abrí los ojos, estaba en el puesto de socorro del pueblo. Alguien me había recogido por la mañana y trasladado allí.

–Menuda paliza le han dado –me dijo el médico–. ¿Cómo ha ocurrido?

Torpemente le expliqué lo que recordaba.

–Son esos indeseables que roban por todo el término las cosechas, para venderlas por el primer dinero que les dan.

No tardó en llegar, al enterarse, el que cultivaba la finca, que se empeñó en cuidarme en su casa, hasta que me repusiera, pese a mi negativa.

–Será mejor que descanse unos días –opinó el médico–. Aparentemente no tiene nada más que magulladuras; hágale caso a su amigo.

Acepté y la verdad es que me trataron con una delicadeza y atención como nunca había tenido de nadie, excepción hecha de Pepita. A los cinco o seis días me encontraba casi repuesto y deseando volver a casa. Encargué la contratación de un taxi, pues mi auto lo habían dejado inservible aquellos desconocidos bárbaros.

Durante la estancia en la finca, me visitó un antiguo amigo, peleón y vengativo, que durante un breve paseo, me confesó, exigiéndome silencio sobre el tema, que tenía proyectada una venganza para tanto robo y atropellos que los vecinos estaban sufriendo.

–Los más indeseables no son esos bárbaros ladrones, sino quienes se aprovechan en su beneficio, comprando lo robado casi por nada.

Ya en casa, Pepita, que se había enterado del percance, no se cómo, vino a verme y no hubo manera de que me dejara, hasta comprobar que estaba repuesto.

–¿Qué vas a hacer? –me preguntó.

–Seguir buscando a Helena –respondí decidido.

–¿No será peligroso hacerlo sólo?

–Quizá, porque a veces ocurre lo más inesperado, como ha pasado ahora.

La pregunta de Pepita me hizo cavilar sobre cómo actuar en lo sucesivo. Solo tal vez no podría enfrentarme a hechos imprevistos. Y si tenía en cuenta que en toda mi vida tuve necesidad de luchar en conflictos físicos, como había ocurrido en el caso de los ladrones de aceitunas, de acompañarme alguien fuerte y con experiencia en sucesos de esta índole, tal vez hubiéramos evitado, por lo menos, la monstruosa paliza que me propinaron. Encargar a una agencia la búsqueda de Helena, después de tantos años, ni me gustaba ni me parecía delicado; era como abrir mi corazón a un conjunto de extraños, a los que simplemente les interesaría el dinero y que tal vez provocarían



problemas en la vida de ella, si había encontrado la forma de vivir feliz, con olvido del pasado.

Así estuve cavilando toda la noche. Mas, de pronto, como en los dibujos humorísticos, se encendió en mi cerebro una especie de lámpara que me dio, en principio, luz para intentar una solución al problema: Tom. Tom –transformación cariñosa de Antonio– es un hombretón cubano, fuerte, aventurero (había recorrido medio mundo) y que al desembarcar en nuestra empresa se encontró a gusto y tan bien tratado, que decidió quedarse aquí hasta jubilarse. Para nosotros ha sido desde entonces uno más de la familia. A él le confiábamos incluso problemas delicados, con la certeza de que ayudaría con el mayor interés y discreción.

Por la mañana hablé con mi socio, a quien informé y pedí consejo sobre todas mis intenciones respecto a Helena, y no sólo no las vio absurdas, sino que me animó a esta aventura, dado su carácter y espíritu inquietos, y le pareció acertado que me acompañara Tom, más preparado que yo para afrontar situaciones de violencia, que tal vez surgirían. Convencido, pues, del acierto, cité a Tom para que me visitara por la tarde.

Con puntualidad británica, Tom llegó a casa y tras interesarse por mi estado e informarse de lo ocurrido, le expuse mis deseos de encontrar a Helena, sin otro interés que conocer su vida desde que perdí el contacto con ella, por error cobarde de mi parte. De esta manera daba cierto sentido a mi vacía existencia actual. Y como tenía la intuición o presentimiento de que para ella el tiempo vivido no ha sido fácil, compensarla en la forma que pudiera, si ello era posible.

Por otra parte, –añadí– dado que mi primera actuación, por simple casualidad quizás, me ha ocasionado imprevisto descalabro, he pensado que me acompañaras tú, conocedor, mejor que yo, de la gente y de ese mundo marginal que actúa al filo o fuera de la ley, porque tengo la sospecha de que Helena ha sido arrastrada a él, por su belleza e ingenuidad.

Tom se mostró encantado con mi propuesta.

–Conmigo puedes contar para todo. Llevamos muchos años juntos y me conoces bien. Para mí, después de la pasividad tan larga disfrutada, volver a vivir una aventura, por pequeña que sea, me rejuvenece. Y, además, si es para ayudarte, más aún.

–Gracias, Tom. Esperaremos unos días para terminar de reponerme y planificarlo todo.

–De acuerdo, Carlos, tú mandas.



## V

### **De las primeras pesquisas.**

Pasados unos días, con el equipaje imprescindible necesario, subimos al Ave por la tarde camino de Madrid, ciudad a la que, según la prima del pueblo, marchó a casa de otra tía. Yo tenía, gracias a la amable informadora, las direcciones de parientes con quienes habían tenido relación más o menos frecuente, por si conocían el paradero o poseían noticias.

Nos alojamos en un pequeño hotel de la Gran Vía. Como había anochecido, cenamos, localizamos en un plano la calle donde debía habitar la tía y nos fuimos a nuestras respectivas habitaciones.

Seguramente por la satisfacción de haber iniciado en serio la búsqueda, me quedé dormido rápido y cuando por la mañana desperté, estaba relajado y deseoso de actividad. Igual debió ocurrirle a Tom, pues cuando lo llamé, con unos golpecitos en la puerta, estaba ya preparado.

Desayunamos en una cafetería próxima y en un taxi nos trasladamos a la dirección prevista. Lo que ya no estaba previsto es que nadie sabía nada de la familia que deseamos ver.

—A lo mejor el portero, que lleva muchos años, se acuerda —me indicó una vecina.

Hablamos con el portero, un señor ya mayor que, tras rascarse la cabeza dubitativo y guardar presuroso la propina que le di, nos informó:

—Sí, vivieron aquí. De eso hará unos diez años. Luego, de improviso, casi furtivamente, se marcharon.

–¿Dónde? –pregunté.

–No lo sé... Quizá puedan averiguarlo en el padrón del Ayuntamiento... O en la Comisaría del distrito.

–¿En la Comisaría?

–Sí... A los pocos días de irse pasaron por aquí unos policías preguntando por ellos, ignoro las causas, pero bien podía ser cuestión de drogas.

Ya en la calle, pensativos, Tom me miró en una muda interrogación. Decidido, le dije:

–Vamos al Ayuntamiento. En estadística registran los movimientos de población.

Allí, como ocurre en todos los organismos oficiales, nos envían de un lado a otro, de un jefe de sección a un jefe de negociado, de un delegado a un técnico. Entonces, harto y mareado, me dirijo a un uniformado ordenanza, le expliqué mi problema, le di un sustancioso sobrecito y nos llevó a una escondida dependencia, atiborrada de legajos y en la que un hombre ya mayor –próximo a la jubilación– tecleaba torpemente un ordenador. Habló con él unos minutos, el funcionario nos miró curioso y volvió a teclear el aparato. De la impresora surgió un folio, que el ordenanza examinó y luego nos lo ofreció. En él aparecía el nombre de la tía de Helena y los diversos cambios de domicilios de la familia hasta la fecha.

Pregunté al ordenanza el precio de la información y me indicó que era gratuita, pese a lo cual le aumenté la dádiva. Sin pérdida de tiempo, en un taxi, nos desplazamos a la última dirección que figuraba en el papel facilitado por el funcionario. Era una casita de dos pisos, en la periferia, habitada por una familia que, al explicarle nuestros deseos, nos atendió con amabilidad.

–Sí, en efecto, vivieron aquí, en el piso de arriba, una temporada no muy larga. Un día, casi de improviso, nos comunicaron que se iban al extranjero.

–¿A dónde?

–A París. Lo sé porque mi hija menor se hizo muy amiga de una chica de la familia –sobrina creo– y se carteó con ella unos meses.

–¿Conserva las cartas o la dirección? –pregunté.

–Creo que sí, voy a buscarlas. –Y se adentró en una habitación, apareciendo más tarde con algunas.

Tomé nota del remite y le agradecí la información. Camino del hotel, me dirigí a Tom:

–Lo más pronto posible estaremos en París.

–El propio gerente del hotel me consiguió los billetes y la reserva de un hotel, en París, con el que se relacionaban. La salida sería dentro de tres días.

Nada más acomodarnos en las reservas de París, nos informamos de la situación de la calle a la que se había mudado la familia de Helena. Al día siguiente, por la mañana, un taxi nos dejó en la dirección deseada.

Era un viejo caserón de barrio, no muy cuidado. Llamamos al timbre con insistencia, pues parecía no haber nadie en él. Al cabo de un buen rato se abrió la puerta y apareció un hombretón, con aspecto de mal genio, que nos observó fijamente y cerró con brusquedad la puerta, sin preguntar nada. Ya iba a insistir en la llamada cuando volvió a salir, acompañado de otro personaje, que parecía su gemelo. Entonces habló con voz ronca y entendí que se interesaba por el motivo de la visita. Como pude (no domino bien el idioma), ayudado por Tom, que algo sabía, traté de explicar nuestro deseo de encontrar a Helena, cuya familia se había trasladado a aquel domicilio hacía tiempo.

Se miraron y con un gesto nos invitaron a entrar. Caminamos detrás de ellos, por un estrecho y largo corredor. Entramos, al final, en una habitación, con poco mobiliario: un pupitre, varias sillas y un par de pequeñas estanterías con carpetas y una caja de cartón llena de sobres. Uno de los dos salió, mientras el compañero nos vigilaba.

Poco después apareció con un señor barbudo que, nada más vernos, preguntó:

–La marchandise?

Volví, sin que pareciera oírme ni entenderme, a exponer nuestro deseo pero él, con rostro cada vez más avinagrado, gritó:

–Oú est la marchandise?

Nervioso yo, enfurecido Tom y casi dispuesto a usar sus puños, la situación cambió cuando un gran estrépito, acompañado de gritos, se acercó por el corredor, que vomitó todo un ejército de policías, armados hasta los dientes, ordenando que nos arrojáramos al suelo, donde unos nos esposaron, sin miramientos, a los cinco, y otros inspeccionaron la casa. A continuación nos introdujeron a empujones en un furgón situado en la entrada.

Tras un largo recorrido, en un rincón del vehículo, con el tenebroso agujero de una metralleta apuntando sin descanso, llegamos a lo que debía ser un cuartelillo de la policía. Sin mucha consideración nos obligaron a bajar y nos llevaron a unos oscuros calabozos en los que, a duras penas, cabíamos los cinco. Más de una hora estuvimos en el cuartucho, como olvidados, cuchicheando Tom y yo, hablando quedo entre ellos los tres individuos que nos recibieron tan poco amables y que fueron, con nosotros, en la misma hornada, como si hubiera relación entre todos. Por fin un par de policías nos fueron llevando a un local apartado, para una minuciosa interrogación. Tom y yo fuimos los últimos y todo el interés policíaco tenía un objetivo: saber donde estaba la droga. Yo expliqué, como pude, por activa y por pasiva, la finalidad de nuestra visita al lugar y sus ocupantes, absolutamente desconocidos para nosotros. Por más que repetí mi historia mil veces les resultaba increíble e insistían en una supuesta colaboración con los delincuentes. Como el papel con las direcciones se había perdido en la trifulca, no pude facilitar aquella mínima prueba, sólo la documentación que poseíamos de extranjeros.

Como cada cierto tiempo se relevaban los policías en la tarea



*Escena de la película “5 Años de vida”*

de sonsacarnos, en uno de aquellos relevos entró uno que dominaba bien el español. Ello me hizo abrigar esperanzas de hacerme comprender bien, por lo que volví a contar, con todo detalle, mi historia y mi deseo de encontrar a una antigua novia, y lo que nos había sucedido desde la salida de casa.

–No pretenderá usted que crea esa romántica y extraña historia –fue su respuesta.

–Pues es la verdad. Puede usted comprobarlo en el Consulado y con nuestra policía. No somos delincuentes y menos traficantes de drogas, sino personas serias y de relativa buena posición.

–Investigaré –comentó y se fue.

Durante el resto del día y el siguiente, nadie se dirigió a nosotros. En el calabozo sólo habíamos quedado Tom y yo y únicamente a la hora de la comida, aparecía alguien que nos suministraba un frugal y desabrido alimento, sin ningún comentario.

Como es lógico, nuestra impaciencia y malhumor aumentaban cada minuto y, por más que intentamos llamar la atención, nada conseguimos. Al tercer día, vino el policía que prometió investigar y, efectivamente, lo había hecho.

–Bueno –dijo– la información obtenida no os implica con el tráfico de drogas. Parece que tenéis razón.

–La tenemos –afirmé rotundo.

–La familia que buscáis sí está comprometida. La tía de la muchacha ha sido persona importante en ese sucio comercio. La joven que os interesa, hace mucho tiempo que se separó de los familiares, por el mal trato que recibía al negarse a colaborar. Según antiguos conocidos, se colocó en un “Club”, en el distrito quince y no me ha dado tiempo de conseguir más noticias.

–¿Sabe el nombre del Club?

–Sí, y ahora se lo facilitaré, con mi tarjeta para el dueño, que es conocido, pues estáis libres al no haber ninguna acusación ni sospecha sobre vosotros.

Por la tarde noche paseamos un buen rato, tratando de olvidar lo vivido las últimas horas.

La mañana siguiente, ya repuestos, nos dedicamos a encontrar el “Night club” y, por suerte o desgracia, no tardamos en localizarlo. Claro que tan temprano –no era ni mediodía– estaba cerrado; y por más que tratamos de contactar con algún empleado, fue imposible; sólo divisamos a través de unas entreabiertas ventanas, unas limpiadoras que ni se dieron cuenta de nuestra curiosidad. Fue preciso, por tanto, volver ya de noche. Entonces sí estaba iluminado, exterior e interiormente, con gran intensidad y variados colores, que lo destacaban de los escaparates y edificios de alrededor.

No hubo problemas para entrar. Ojeamos con interés. Dos chicas monas y ligeras de ropa se nos acercaron. Con ellas fuimos a la barra, tomamos unas copas, estableciendo así cierto contacto para no producir recelos. Pasado un tiempo, les pregunté por el propietario.

Ambas se miraron sorprendidas y, dando a entender su ignorancia, por respuesta señalaron al encargado de la barra como más apropiado informador. A él me dirigí y le manifesté mi deseo de hablar con el dueño.

Me observó pensativo, y sin duda iba a contestarme que desconocía donde estaba, pero yo me adelanté, le enseñé la tarjeta del policía, y le aclaré:



–Me envía este señor, que es amigo suyo.

–Está bien, espere un momento –dijo en buen español y salió, regresando casi enseguida indicando que le siguiéramos.

Salimos del salón y recorrido un largo pasillo, nos situó a la puerta de un despacho, la abrió y nos señaló unos sillones.

–Siéntense allí y esperen. –Y sin añadir nada se marchó silencioso.

Como estaba escarmentado a causa de hechos imprevistos, no dejé de observarlo todo y estar atento a cualquier ruido. Pero no, sin tardanza entró un señor elegante, con aspecto de hombre formal y serio, que nos dio la mano casi con cordialidad, al tiempo que decía:

–Los amigos de mi amigo, lo son también míos. No hace mucho rato que me ha hablado de vosotros y me ha pedido que los atendiera bien. Sentaos.

La cosa marcha bien –pensé–. Sin dar una explicación amplia del motivo, le puse al tanto de la búsqueda de Helena que, según los últimos datos obtenidos, había estado trabajando en su club durante una temporada. Le enseñé una fotografía que, dada la edad con la que se la hizo, no parecía lógico que la reconociera. Además, por los años en que debió trabajar allí –los 90 del último siglo– y el número de chicas que habrían pasado por el Club, resultaba comprensible que no la recordara.

–Quizás Lely, que está aún desde esas fechas, la recuerde.

Hizo que viniera la tal Lely, mujer ya de mediana edad pero aún atractiva, a quien explicó el asunto. Ella, después de examinar la fotografía y pensar, la recordó. Era –dijo– una joven muy bella y buena, pero no le iba este ambiente y se marchó en cuanto pudo. Trabajó sirviendo en la barra, pero le agobiaba y asustaba el excesivo interés de los clientes.

–¿Y sabe dónde se fue? –pregunté.

–No, señor respondió. Y a una indicación del dueño, salió.

Desanimado y triste, nos despedimos del amable amigo del policía, propietario del Club, que se quedó en el despacho.

Ya finalizando el pasillo, a la puerta del Salón, nos encontramos con Lely que, muy educada, se acercó para despedirnos. Al darme la mano, dejó en la mía un arrugado papel, con precaución y disimulo.

Intenté darle una propina, que ella rechazó, pero el gesto de meter mi mano en el bolsillo, me sirvió para guardar el papel.

Ya en la calle, una vez lejos del “Night Club”, y no sin antes mirar alrededor, por si alguien nos había seguido, saqué el papel y a la luz de un escaparate, que simulamos observar, Tom, con mejor vista que yo, leyó el contenido, muy breve, escrito con ligereza, que decía: “Espéreme mañana, a las doce, en Notre Dame”.

Quedé un tanto confuso y receloso, pero decidido a ir, pasara lo que pasara.

–¿Qué piensas de todo esto? –pregunté a Tom.

–A mí, ese individuo tan amable y atento, me parecía hipócrita, no se por qué. Se desprendía de tanta atención un tufillo de falsedad, de fingimiento. Esperemos que esto no sea una trampa.

–No creo. Además, no tuvo tiempo de dar instrucciones a Lely, la del papelito.

–Suponiendo que sea ella.

–¿Quién puede ser, si no, con tanta rapidez?



Callejamos un rato y, al pasar por el “Moulin Rouge”, decidí que entráramos. Mediado estaría el espectáculo, pero era bonito y agradable, lo que nos distrajo momentáneamente de la multitud de preocupaciones. Tomamos un par de güisquis y, más relajados, nos fuimos al hotel.

Yo mal dormí aquella noche, pensando en la cita, e impaciente porque llegara la hora. Una imprecisión de la nota, que ahora me daba cuenta, es no señalar un sitio concreto. La iglesia es grande y, a esa hora, está siempre llena de turistas. Y el rostro de Lely –si es que era ella– no lo recordaba bien, se me había casi borrado, lo que añadía más preocupación a mi ánimo. Así se lo expuse a Tom; pero él, como hombre práctico y menos afectado, con buena lógica, resolvió el problema.

–Será ella la que nos encuentre, no lo dudes.

Una vez desayunamos y dimos unos paseos junto al río, haciendo tiempo, contemplando, a distancia, la esbelta torre Eiffel y los barcos repletos de turistas que navegaban por el Sena, nos dirigimos despacio al lugar previsto. Como esperábamos, los alrededores y escalinatas, eran un hormiguero humano. Próxima la hora, entramos en la Catedral y sin prisas, de manera pausada, fuimos recorriendo el edificio. Las doce campanadas hacía bastante que sonaron, pero seguimos dando vueltas y observando a la gente. Al pasar junto a un confesionario, alguien me sujetó, con suavidad, del brazo, y ordenó arrodillarme, simulando confesar. Un busto negro, sentado al fondo, en voz baja me indicó:

–Mantenga una postura adecuada. Soy Lely. Voy a contarle lo que allí, en el Club, no pude, de Helena. Era una chica muy atractiva y buena, demasiado, para aquel lugar. Como no quería servir ni alternar en las mesas, durante el tiempo que trabajó lo hizo siempre en la barra, lo que tampoco era un regalo. No se asombre de mi atuendo, que me ha dejado mi primo, que es sacristán. Disimule y esté atento como si escuchara mi consejo. Como le decía, Helena no se adaptaba al trabajo y menos aún estaba dispuesta a dejarse prostituir, como

pretendía el jefe, ese hombre tan amable que los recibió ayer. Yo, entonces joven, con discreto disimulo, la tomé bajo mi protección, y con astucia e influencias, pude librarla de las trampas y engaños que le tendían por todos lados, dada su belleza. Por aquellos días estaba en su apogeo el conflicto yugoslavo. Teníamos aquí una muchacha de allá de las pocas íntimas compañeras de Helena, muy preocupada por sus padres y que pretendía ir a buscarlos, pese al peligro. Traté de convencer al jefe de que le permitiera ir acompañada por Helena, que no quería dejarla sola. Ante mi insistencia, acabó cediendo. Eso creí yo al menos. Mi primo, el sacristán, hábil en toda clase de cambalaches y soluciones, consiguió unos pasaportes para las chicas. Todo parecía ir sobre ruedas. Pero el jefe, entonces, condicionó la ejecución del plan, y el facilitar los medios económicos, a que llevaran a Italia unas joyas, donde se las recogerían unos amigos que se las habían encargado. Todo muy sencillo y fácil. (En realidad se trataba, como supe más tarde, del transporte clandestino de unos diamantes). Ellas aceptaron sin dudar, con tal de alejarse del Club; yo, sin embargo, tenía las moscas tras las orejas, como suele decirse. Sin atreverme a decirles mis temores, traté de disuadirlas del viaje, por el riesgo, pero se negaron; me limité, entonces, a recomendarles precaución y que no se fiaran de nadie. Con sus pasaportes legalizados, no se cómo, unos maletines con alguna ropa y dinero no excesivo disponible, las llevamos el día previsto a “Orly”, donde subieron, sin dificultad, al avión que las llevaría a Roma. Dada la diversidad de origen, aunque hablaban bien el francés, se presentaban siempre como amigas y compañeras que habían sido premiadas con un viaje; a tal fin se les facilitó un certificado de la empresa donde trabajaban, el propio Club, cuya realidad podía comprobarse de hacer falta. No hubo problemas en el viaje ni en el alojamiento, un hostel normalito y asequible, apropiado para clases medias en desplazamiento de turismo o de trabajo. Durante varios días pasearon y visitaron algunos monumentos, pero siempre pendientes de quienes se situaban cerca-

nos o las miraban con interés. Un día, cuando regresaron al hostel, se encontraron con la sorpresa de que alguien había entrado en la habitación, abierto las maletas y rociados los contenidos sobre las camas. En principio no notaron falta alguna y no denunciaron nada, pero al colocar de nuevo la ropa, se dieron cuenta de que las maletas no eran las mismas. En las suyas había pequeñas rozaduras y arañazos que en éstas habían desaparecido, por lo que concluyeron que en las otras debía estar la mercancía transportada, bien oculta. El hecho implicaba ya una tranquilidad, pues desaparecía el temor a que les encontraran algo ilícito, como ya empezaban a sospechar, pues no les dijeron qué llevaban ni en qué lugar del equipaje. Pero no ocurrió así. Antes de que terminaran de ordenar la ropa, sin mucha etiqueta, entraron dos policías que lo registraron todo. Como no encontraron nada las invitaron –por decirlo fino– a que los acompañaran a Comisaría, donde las interrogaron durante todo el día. Y por más que ellas explicaron cien veces la pretensión de pasar a Yugoslavia, para buscar a los padres de la compañera de Helena, las retuvieron hasta el límite que la ley permitía. Por lo visto habían recibido un chivatazo del paso clandestino de diamantes, que no habían podido descubrir.

Ya en libertad, emprendieron viaje a Trieste, como ciudad fronteriza, para tratar de cruzar la frontera a la antigua Yugoslavia o a Albania. Aunque allí existía mucho movimiento y fuerzas italianas vigilando, pasar al otro lado no era difícil, sobre todo para mujeres. Numerosas mafias u organizaciones de maleantes lo hacían, unas veces por dinero, otras por el vil comercio de la prostitución, pese al peligro que entrañaba el variopinto conflicto de las diversas nacionalidades. Ignoro cómo lo lograron, pero entraron y me temo que cayeron en manos poco escrupulosas, pues sin consultar con ellas las trasladaron al interior con ánimo, pienso, de servir de distracción y disfrute de las sanguinarias facciones surgidas. La suerte, que a veces se deja ver, hizo que fueran a parar a un grupo comandado por el padre de la yugoslava, lo que evitó fueran violadas y tal vez asesinadas. Esto

coincidió con el bombardeo e intervención de la OTAN, entonces dirigida por un español, un tal Solana, que obligó a la facción a diseminarse, llegando, parte de ella, cerca de Grecia. La amiga de Helena rogó al padre que pasara a la compañera a este país, ya que bastante se había arriesgado por no dejarla sola. Y así lo hicieron, seguramente mediante sobornos. La realidad es que Helena se encontró, en pocos días, en Atenas, sin saber el idioma y sin recursos, durmiendo varias noches en unas ruinas y pidiendo para comer, hasta que una militante de alguna Asociación religiosa la encontró, casi desfallecida y la acogió en su organización, cuya principal misión era la de proteger a los niños y personas necesitadas. Me escribió contándome lo sucedido y me expresó, también, su intención, si no había inconveniente, de integrarse en la asociación, y ayudar en el cuidado de niños, sobre todo en África. Y ya no sé nada más de ella. De la yugoslava también recibí noticias: estaba con su padre, que había sobrevivido al desastre balcánico y parecía que todo iba a mejorar. De Helena carecía de noticias desde que consiguieron pasarla a Grecia, con bastantes dificultades. Esto es lo que sé de la muchacha que buscan.

–Tendremos que ir a Grecia y localizar la Asociación por la que fue acogida.

–Yo antes vería a la yugoslava, porque tengo la sensación que entre las condiciones del pase a Grecia, hay algo que no me ha contado ninguna –sugirió.

–Es posible.

–Incline la cabeza como si le estuviera dando la absolución y después váyase a cualquier altar y rece. No podemos fiarnos de nadie.

Ella casi se tapó el rostro con una capucha frailuna y tras dar la bendición, se levantó cuando yo lo hice, penosamente, pues tenía dormidas las rodillas y piernas. Como me había indicado me dirigí a un altar próximo y, nuevamente arrodillado, recé una supuesta penitencia. Tom, un poco atónito, permaneció no muy lejos.

## V

### Tras las huellas de Helena

Una vez salimos de la Catedral, referí a Tom cuanto me había contado Lely y examinamos las cartas que me había entregado que, de nuevo, sólo añadía la última dirección de la amiga de Helena.

En el hotel, durante el almuerzo, sopesamos las ventajas e inconvenientes de seguir el consejo de buscar primero a la yugoslava para que nos ampliara información. Al final nos inclinamos por esta solución, pues parecía muy conveniente a nuestros propósitos averiguar qué Asociación, Orden u Ong era la que había acogido a Helena, y posiblemente la amiga sabría algo sobre este hecho. Así, pues, decidimos ir a lo que fue Yugoslavia, bajo la bota de Tito, lo que no resultó muy difícil. Como ellas, desde Trieste, pasamos al laberinto de la antigua confederación, hoy convertida en naciones con etnias distintas, que a la muerte del dictador resurgieron con sus diferencias y odios, lo que no deja de ser paradójico y hasta aleccionador, de lo peligroso que es exacerbar nacionalismos, fanatismos religiosos y la exaltación de peculiaridades estúpidas, si es que en verdad existen entre los humanos.

Para movernos más fácilmente, alquilé un viejo auto y con él nos situamos en pleno corazón de Serbia, donde parecía vivir la persona a quien buscábamos... El recelo todavía existente con el resto de los europeos, dificultó la tarea. No obstante, por suerte, dimos con ella. Hoy es una espléndida mujer, pese a los años y vicisitudes vividos. Cuando conseguimos convencerla de nuestras intenciones, se abrió con sinceridad y completó los datos de Lely.



Nada más llegar a su tierra desde Italia, fueron secuestradas por una banda de rebeldes albaneses. Como tenían intención de venderlas, no quisieron estropearlas por lo que, en principio, desistieron de la violación, con objeto de obtener buen precio de algún magnate árabe. Para bien de ellas, el pequeño regimiento que dirigía su padre, los asaltó y las liberó; pero el ánimo de los soldados era también de violarlas, y lo hubieran hecho si su padre no llega a reconocerla.

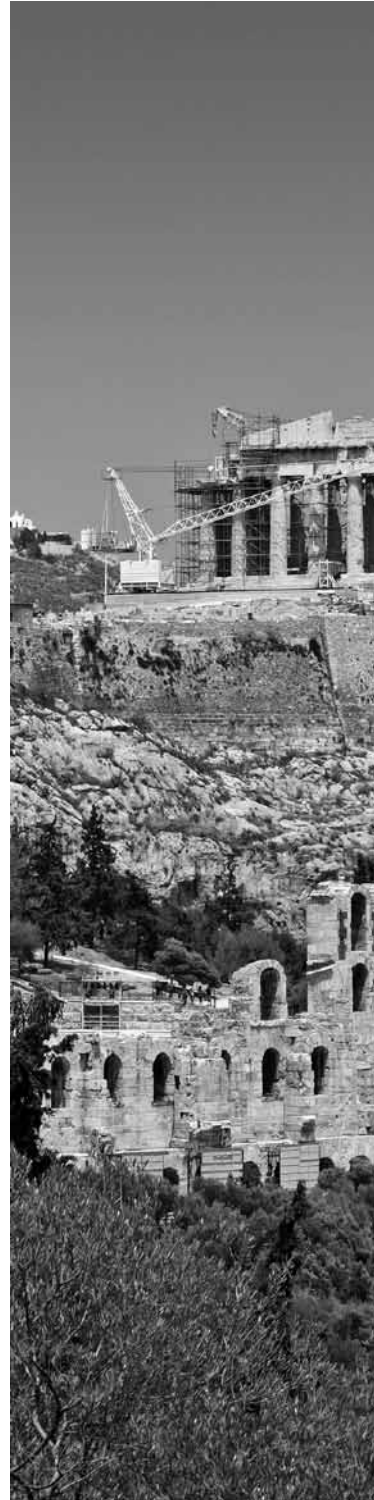
Incorporadas al grupo militar –más bien banda– a las órdenes del padre, que luchaba a favor de Milosevic, atravesaron el centro asaltando pueblos, matando sin piedad y recibiendo a su vez disparos y cañonazos desde todas las direcciones. Aquello era una locura dentro de un infierno. “Mi padre –explicó– trataba de acercarse a Grecia para dejarnos allí; propósito y deseo cada vez más acuciantes cuando intervino la OTAN. No sé cómo, pues allí existían muchos intereses intercambiados, consiguió que unos traficantes, supongo que de armas, nos llevaran hasta un pueblo griego cercano a la frontera. Yo, sin embargo, volví con mi padre, pues prefería morir con la familia a vagabundear y ser perseguida o maltratada lejos”.

–¿Y Helena?

–Con algún dinero que le dejé, decidió ir a Atenas y tratar de regresar a su país.

–Pero no lo hizo.

–Sí, ya lo sé. Cuando nuestro conflicto entra en fase de terminación, una monja que cuidaba niños huérfanos, me contó como había recogido a una muchacha española en Atenas, medio desvanecida, y que decidió unirse a la Orden. Era Helena pues me dio detalles de



*El Partenon – Wikipedia*





ella e incluso recordó su nombre. Lo que ignoro es dónde la llevaron, en qué país o misión estaba. Pero eso, en alguna de las casas de la Orden, pueden averiguarlo.

Con la ayuda de la yugoslava y de conocidos suyos, nos fue fácil trasladarnos a Grecia. Ya en Atenas, procuramos encontrar la Orden o Congregación a la que se había unido Helena. Tampoco fue un gran problema, pues aún había gente que recordaba aquellos días. Por aquí pasaron muchas familias deshechas, muchos niños huérfanos, víctimas de la locura desatada... Y también acudieron, por fortuna, personas espléndidas para ayudar y proteger: entre ellas las religiosas que habían elegido, como actividad vital, dar consuelo y soluciones a seres hundidos y maltratados por el odio, el hambre, las heridas, la miseria, el abandono... Visitadas varias Congregaciones, aportando los datos que teníamos, dimos, por fin, con una en la que existían algunas religiosas que la recordaban y sobre todo, había documentación. En efecto, Helena había sido recogida en la calle, desnutrida y enferma. Al cabo de unos meses, estuvo recuperada y, entonces, pidió quedarse con ellas como novicia, lo que les venía muy bien, dada la necesidad de activistas y colaboradores que necesitaban para atender a tanto desvalido desparramado por el mundo. Durante unos meses permaneció en Grecia, ayudando y formándose. Era, según recordaban, infatigable y fuerte, y siempre estaba dispuesta a realizar tareas, por dificultosas que fueran, con gran ánimo y fortaleza. La endeble, delgada y triste jovencita que habían recogido, se convirtió en poco tiempo en una mujer perfecta, bella y alegre a la que todo le parecía bueno y útil. Sin pretenderlo, pues era modesta, se transformó en una persona imprescindible; tanto que

la superioridad consideró sería más válida y necesaria en otros lugares muy azotados por la desgracia, una vez que recibiera los hábitos. Y así ocurrió: tras la ceremonia –adelantada por las circunstancias–, fue trasladada a África. De lo que no tenían constancia era del lugar. Habría que preguntarlo en la Sede Central de París.

Rogué que gestionaran la localización de los lugares donde podría haber ido o estaba ahora, corriendo de mi cuenta los gastos que ello pudiera ocasionarles, amén del donativo que tenía previsto entregarlas como ayuda a las labores que realizan. La que nos atendió prometió hacerlo, aunque sin duda pasaría algún tiempo para encontrar los datos, pues eran años los ya transcurridos desde entonces. Anotó nuestra dirección con intención de llamarnos cuando obtuviera los resultados, lo que me produjo cierto desánimo. Pero lo cierto es que no podía hacer otra cosa, salvo volver a París y tratar de que nos los facilitaran de forma directa. Mas eso podríamos hacerlo siempre. Así que regresamos al hotel para descansar y con la intención, en días sucesivos, de corretear la ciudad.

Era ése el proyecto, pero las cosas no acontecen como uno desea. Nada más entrar en la habitación, nos encontramos todo revuelto y, a nuestras espaldas, varias metralletas apuntándonos. Sin mucha ceremonia nos esposaron y en un sucio furgón nos trasladaron a una Comisaría.

En ella, con un torpe intérprete, nos tuvieron horas y horas interrogándonos. Como nuestra entrada en el país no había sido muy normal, sospecharon que tratábamos de comprar o vender armas o drogas. La historia que yo repetía incansable les parecía un cuento estúpido. Tras muchos ruegos de que nos pusieran en contacto con el Consulado, yo creo que desesperados, lo hicieron y conseguimos que un secretario fuera a vernos. Sospecho que a él también le sonaba mi historia a excusa mal urdida; pero como compatriota lo anotó todo para averiguar qué de verdad había en ella. Le di la dirección y el nombre de mi socio y otros conocidos de prestigio.

Dos días estuvimos encarcelados, mal comidos y no muy bien tratados; por fin el funcionario volvió y con otro aspecto y modo. Entró sonriente, amable y servicial. Había comprobado nuestra personalidad; mi socio, con la velocidad que imprimía a cuanto tenía que resolver, movió sus muchos y variados resortes y conocimientos, poniendo a trabajar a toda la diplomacia y a los servicios de inteligencia. El resultado fue que nuestro propio Ministro intervino, hablando con el griego, y a todo el mundo le faltó tiempo para disculparse y liberarnos.

El funcionario del Consulado, en su auto, nos llevó al hotel y nos entregó una documentación personal que nos acreditaba, mientras preparaban la definitiva, de no aparecer la perdida. Le agradecí sus gestiones y, ya duchado y relajado, llamé a mi socio para felicitarle por su eficacia, al tiempo que le pedía transferencia de fondos.

El recepcionista me informó que, estando ausentes, habían recibido una llamada telefónica de un Convento, donde querían vernos, lo que compensó los malos ratos pasados en la Comisaría. Con la mayor celeridad fuimos para conocer lo que habían averiguado. La Superiora, muy atenta, nos explicó cuanto desde París le habían comunicado. Helena, sin apenas descansar unos días, hubo de marchar al destino asignado: una Casa de acogida, en el antiguo Congo Belga, donde cuidaban, curaban y educaban a niños huérfanos o abandonados, como consecuencia de las continuas luchas tribales o económicas que se libraban en la zona. De vez en cuando recibían noticias, escasas aunque satisfactorias para la Orden, por la labor que estaban realizando. Últimamente, como sus actividades se extendieron a otras regiones y el trabajo aumentó, tardaban en escribir. Desde hacía varios meses no sabían nada, y esto era bueno, porque los sucesos malos corren como la pólvora.

Agradecido por cuantos datos nos habían conseguido, les dejé un buen donativo, como había prometido, y con las direcciones de África bien anotadas, regresamos al hotel, a cuyo recepcionista encargué que se enterara de la forma más rápida existente para trasladarnos al Congo. No le pedí que gestionara los billetes hasta recibir

la transferencia de España, pues estábamos escasos de recursos. Gracias a mi socio y amigo, el dinero llegó rápido y, entonces, el amable recepcionista me informó que no había línea directa desde Atenas, sino con escala en Londres, donde cambiaríamos de avión y eso cada tres días. No hubo más remedio que acomodarse a las circunstancias.

A la espera de poder tomar el avión, pasamos unos días aburridos, pues no teníamos ganas de recorrer tantas ruinas. Por fin, acomodado en mi asiento, en cuanto nos elevamos, cerré los ojos como si tuviera sueño; lo cierto es que no me apetecía hablar ni con Tom. Pensaba en Helena, en lo que estaría haciendo, en cómo sería su aspecto actual... Aunque yo, como es lógico, la recordaba como las últimas veces que la vi: joven, atractiva, con carita ingenua y alegre de niña-mujer.

Abrí los ojos y dejé mis pensamientos porque Tom, cada vez con más insistencia, me tocaba el brazo tratando de despertarme de un sueño inexistente.

–¿Qué pasa? –le pregunté.

Con voz muy baja, al oído, me dijo:

–Aquellos dos individuos de los asientos centrales, junto al pasillo, me dan mala espina.

Miré hacia donde me indicaba, tres filas más arriba de la nuestra. Por la tez morena de ambos, debían ser árabes.

–Parecen árabes. ¿Y qué? –le pregunté.

–Están inquietos y no dejan de mirar a todos lados, consultando con extraña frecuencia la hora.

Tendrán prisa –comenté, me encogí de hombros y cerré de nuevo los ojos.

No mucho más tarde, sentí el carrito de las azafatas con café, té y refrescos para los pasajeros. Yo pedí un té pero Tom no quiso nada. Seguía preocupado y observando a los extraños viajeros. Tampoco éstos tomaron ninguna bebida, pero se fijaron con persistencia en las muchachas. Cuando las dos alcanzaron el fondo del pasillo,

uno de los individuos se levantó, como para ir al servicio, mas al llegar a la altura de las jóvenes, con rapidez cogió a una por el cuello y le puso sobre él un afilado cuchillo; el otro, en ese momento, también se levantó y con una especie de pelota de béisbol negra, en la que relampagueaba incesante una luz roja, se dirigió, en un mal inglés que Tom me traducía, a los demás viajeros:

–¡Quietos todos o destruyo el avión! –ordenó mientras, amenazador, esgrimía la bomba. Y cuando, entre los gritos histéricos de las mujeres y niños, el resto de pasajeros obedecimos, sentándonos, indicó a las azafatas:

–Digan al Comandante que desvíe el vuelo hacia Egipto.

Se estableció un intercambio de propuestas y amenazas entre la cabina y los secuestradores, que finalizó cuando el aparato giró y puso rumbo al destino exigido, con gran satisfacción de los dos sujetos.

–Te lo advertí –me reprochó Tom.

–Cierto, tenías razón, ¿pero qué podíamos hacer nosotros?

No comentó nada más, pero no dejaba de mirar a los secuestradores, pendiente de sus mínimos movimientos.

–Posiblemente nos dejarán en Egipto, si no sucede nada extraordinario –comenté.

Tom ni me oyó, creo, pendiente como estaba de aquellos individuos.

–Ya verás como todo se resuelve en un pequeño susto.

Pero él ni me miró. En un momento en que todo parecía tranquilo, gimiendo y llorando silenciosas algunas mujeres y niños, Tom se levantó del asiento haciendo un gesto para llamar la atención de los secuestradores. Ellos ordenaron que se sentara, pero él insistió en que tenía necesidad de ir al servicio. Encorvado y doblados los pies como un Quasimodo, semejava un pequeño monstruito apoyado en un corto bastón, que ignoro de donde lo había sacado. Al verlo en el pasillo, tan poca cosa y tan inútil, le indicaron que fuera hasta ellos.

Sujeto con una mano al bastoncito y con la otra al respaldo de los asientos, fue acercándose lento y torpe.

Yo estaba asustado y sorprendido, viéndome ya en el otro mundo. Cuando estuvo al lado de los dos elementos, tan bien hacía su papel, que el del cuchillo, ahora empuñando una pistola, le abrió la puerta del servicio, y como aún así mostraba dificultades para entrar, le ayudó e incluso no tuvo inconveniente en entrar con él.

Pasó un tiempo, que al de la bomba le debió parecer excesivo, según delataba su mirar inquieto, cuando Tom abrió la puerta y asomó la cabeza muy sonriente, a la vez que le indicaba que el compañero utilizaba ahora el urinario. Tranquilizado el secuestrador, fue a volverse para ocupar la posición que tenía frente al pasaje, cuando Tom, adquiriendo su estatura normal, le arreó tal golpe en la cabeza con sus enormes puños, que perdió el conocimiento y hubiera caído si el propio Tom no lo sujeta y le quita el artefacto y la pistola que tenía. Luego lo dejó caer y le puso un pie en el cuello por si despertaba. Tras examinar las armas con las que nos amenazaron los secuestradores, dijo en voz alta:

–Esto no es una bomba, sino un juguete. Las pistolas sí son verdaderas.

Muchos pasajeros nos levantamos y comprobamos lo que decía.

–¿Y el otro? –le pregunté.

–Está en el servicio, durmiendo. Voy a liberar a las azafatas, que están encerradas en el habitáculo frente al servicio.

Una vez libres, les explicamos lo acontecido y le pedimos algo con lo que atar a los maleantes.

Informado el Comandante por una de las chicas, dejó salir con mucho cuidado a su segundo, por si lo que le habían contado era una estratagema; pero ya seguro, puso de nuevo rumbo a Londres.

Tom, el verdadero protagonista, explicó que por sus conocimientos de armas –había estado algún tiempo en los marines ame-

ricanos— y por cómo trataban la supuesta bomba, sólo podía ser un simple remedo; no así las pistolas y cuchillo. Como, además, no parecían muy fuertes los individuos, ideó aquel plan que, por fortuna, había salido bien.

Todo el mundo estaba tan agradecido y contento, que espontáneamente le aplaudieron.

—Lo que resulta evidente —advirtió al Comandante— es que existe un peligroso fallo en el servicio de la Compañía o del aeropuerto. Las armas y el cacharro ese, debían estar ya aquí cuando ellos subieron.

Al descender los pasajeros en Londres, nos felicitaron. Una vez vacía la aeronave, excepción hecha de nosotros, subió la policía, espuso a los frustrados secuestradores, hablaron con el Comandante y las azafatas y, por indicación de ellos, nos rogaron que le acompañáramos para hacernos algunas preguntas y dejar constancia de los hechos.

Con gran sorpresa mía nos acomodaron —llamémoslo así— en una habitación y nos dejaron solos sin ninguna explicación. Yo intenté salir para protestar, ya que teníamos que coger otro avión, y encontré cerrada la puerta, lo que acabó de exasperar a Tom, que la golpeó con fuerza para llamar la atención. Todo inútil. Nadie apareció ni para bien ni para mal.

—¡Ahora va a resultar que los malhechores somos nosotros! —casi gritó con rabia Tom.

—Ten paciencia. Seguramente están investigando a los dos pájaros aquellos.

Pero el tiempo pasaba y nadie nos atendía. Por fin, al cabo de casi una hora, entraron tres policías, uno de ellos con una metralleta en mano, que se quedó a la entrada. Los otros dos se dirigieron a nosotros, con la documentación que al principio les habíamos entregado, y el que parecía jefe, en español bastante correcto, comentó:

—Esta documentación les ha sido expedida en el Consulado de Atenas, no es la original.

–Cierto –afirmé– La original la perdimos en Yugoslavia.

–¿Y qué hacían allí? –preguntó

Creí lo más acertado contarles la verdad: Buscar a una chica que hacía años había salido de España. Fui lo más exhaustivo que pude, explicándoles mis intenciones y deseos y el recorrido que habíamos realizado. Por la cara de extrañeza que ponía, comprendí que cuanto le había dicho le sonaba a cuento.

–Es todo muy extraño y sorprendente

–Como extraña y sorprendente es siempre la verdad –afirmé–. Si hubiera algo más importante o delictivo, tendría preparadas otras historias menos ingenuas.

–En eso tiene razón. Pero dados los hechos ocurridos, he de comprobar la historia.

–Puede hablar con el Consulado ateniense o con el Ministerio de Exteriores en Madrid, que ya han intervenido una vez. ¡Ah! y desearía hablar con mi socio, personaje influyente, para que nos vuelva a ayudar. Tengo prisa en llegar al Congo, donde parece que Helena está.

–Procuraremos acelerar los trámites –prometió el policía.

Tom, que hasta entonces no había hablado, acabó por estallar:

–Pero, veamos, si no intervengo, hoy más de un centenar de personas estarían en otro país y, tal vez, alguna herida o muerta, porque aquellos individuos, pistolas sí que tenían. ¿Y este es el agradecimiento que nos tienen?

–Está cargado de razón, pero yo no tengo facultades para hacer otra cosa. Les voy a llevar a un hotel cercano, y mientras, en el tiempo que falta para la disponibilidad de otro vuelo al Congo, yo averiguaré y comprobaré cuanto han dicho. Hoy no podemos confiar en los hechos aparentemente más bondadosos y espontáneos, pues pueden ocultar otros fines. Mostró usted un gran valor, lo reconozco, pero de haberse equivocado, quizá hubiera provocado una gran tragedia.

Dos días estuvimos en el hotel, del que apenas salimos. La televisión y la prensa eran las distracciones que teníamos, impacientes a la



espera de las pesquisas del policía. Al tercer día, al término del almuerzo, se presentó y tras saludarnos, creo que con cierto afecto, nos dijo:

–He comprobado su historia y, pese a mi escepticismo, resulta verdadera. Perdonen la sinceridad, pero pienso que sólo a unos españoles podía ocurrírseles emprender tan extraña búsqueda por ellos mismos, dado lo revuelto que anda nuestro mundo. Aquí tienen la documentación, visada para mayor seguridad por nosotros, y el billete para el avión que despegará esta tarde para el Congo.

–Muchas gracias.

–¡Ah! Me agradecería conocer, cuando ocurra, el encuentro con Helena, que espero sea pronto y feliz. Aquí tienen mi tarjeta. Y suerte –nos deseó, dándonos la mano, afectuoso.

A media tarde estábamos ya en nuestros asientos, aguardando el despegue, con la esperanza de que no ocurrieran incidentes que demoraran la llegada a Kinshasa. Tom, callado, ojeaba una revista. El aparato se puso en movimiento y fue elevándose. Tom, entonces, dejó la lectura, giró su cabeza y miró a su alrededor. Yo, que lo observaba, con humor, le recomendé:

–Tom, veas lo que veas, quietecito y callado, a ver si es posible alcanzar el destino. Por cierto, tengo curiosidad en saber cómo pudiste convertirte en un perfecto inválido, parecido al campanero de Notre Dame, en la película inspirada en la obra de Victor Hugo.

–Trabajé algún tiempo con unos contorsionistas en un circo –explicó sonriendo–. De ellos aprendí muchas cosas, incluso artes marciales. Soy una peligrosa arma humana –terminó entre risas.

–Bueno es saberlo para no meterse contigo.

Y así fuimos charlando, contándome él su vida azarosa y aventurera, como artista de circo, como soldado en la marina americana, especialista en películas de acción, guía por la selva brasileña, buscador de escondidos tesoros y mil actividades y diabluras más, hasta que se cansó y decidió llevar una vida normalita; entonces tropezó conmigo y, mira por donde, se encontraba otra vez sumido en

la aventura de buscar una persona que no se sabía con certeza donde estaba, ni que hacía, ni si quería que la encontráramos... Como esto último vio que no me gustó, terminó:

–Bueno, perdona. Eres de los pocos amigos por los que haría cualquier cosa; así que conmigo cuentas y con mucho gusto. Te conozco y sé que no eres capaz de hacer daño, todo lo contrario, y eso para mí es suficiente.

Le apreté la mano, agradecido, y callamos.

Anocheía. Las azafatas nos ofrecieron té, café o zumos, a elección, y unas galletas, que ya venían muy bien, a mitad del trayecto.

A nuestra derecha el sol parecía bañarse en el océano, al tiempo que el agua brillaba como oro líquido. Yo, otra vez, cerré los ojos para tratar de imaginarme mejor como sería ahora Helena. No tenía duda de que se habría convertido en una criatura espléndida, adorable...



## VI

### **De lo atractivas que son las puertas del infierno y deliciosos los primeros contactos.**

Muchas veces he pensado en el milagro de que la vida humana no se haya extinguido por simple autodestrucción, ya que cuanto conocemos de ella es la historia de una lucha interminable durante milenios, con insólitas crueldades y perversas matanzas.

Ya bien pasada la medianoche, tomamos tierra en el aeropuerto. No sin cierta sorpresa, comprobamos que nos estaban esperando. Un elegante mozo mostraba un cartel con nuestros nombres; sin duda todo debía ser obra del policía londinense, inducido por mi socio.

Nos dimos a conocer y él nos condujo a una impresionante limusina donde, un chofer también lujosamente vestido, nos abrió las puertas y colocó las maletas.

–Como todo vaya así, creeré que estamos soñando –comentó Tom.

–Esperemos que no sea un error.

Y no era error. Kinshasa es de las ciudades más pobladas de África. La zona por la que nos llevaba debía ser de las ricas y el hotel donde al final nos dejó, posiblemente, de los lujosos y caros. Acomodados en una amplia y bien decorada habitación, repleta de detalles y comodidades, Tom me preguntó:

–¿Qué opinas de tal recibimiento para unos exploradores novatos?

–Mejor no pensar ahora. Nos daremos un buen baño, descansaremos y mañana, con la mente más despejada, discurremos sobre el tema.

Así lo hicimos. Relajados tomamos unos piscolabis de la neverita, que estaba repleta, nos acostamos y de un tirón dormimos hasta ya entrado el día.

Bajamos y desayunamos. Luego, en recepción, nos acercamos a recoger la documentación que a la entrada dejamos, y aproveché la ocasión para enterarme de la reserva. Había sido hecha desde Londres, pero por cuenta de una Agencia española. Ahí, sin duda, se veía la mano de mi socio. Luego me interesé por la localización de la Congregación, Asociación u Organización de Helena, que sin duda debía tener casa allí.

El empleado, receloso, me indicó la inconveniencia, delante de desconocidos, de manifestar tendencias religiosas: era peligroso.

–Pero si lo que yo busco es a una persona.

–Aún así, hágame caso.

–¿Cómo podría, pues, enterarme de la dirección?

–Anóteme aquí el nombre del Convento y trataré de averiguarlo.

Le expresé mi agradecimiento e intenté darle una propina, que no aceptó.

Una vez en la calle con Tom, le referí mi conversación con el empleado del hotel. Tom quedó pensativo y, al cabo de unos minutos, me propuso:

–Tenemos que hacernos con armas, este país no es seguro.

–Pero si yo no he pegado un tiro en mi vida.

–Ya aprenderás, si la necesidad obliga.

–Voy a comprar un periódico, por si vienen reseñas de Iglesias, Congregaciones u Ong.

En un kiosco elegí varias revistas y diarios, en francés e inglés. Tras andorrear la zona que, en efecto, debía ser la más lujosa de la ciudad, nos sentamos en un bar para tomar algo fresco, pues el calor era agobiante. Empecé, entre trago y trago, a ojear la prensa buscando, de manera especial, las secciones de anuncios, por si casualmente

aparecía la casa de Helena. Distráido como estaba, no me di cuenta de que Tom había salido a la calle; sólo cuando regresó y me pidió el dinero que llevara, me enteré.

–¿Para qué?

–Ya lo verás –me respondió.

Le entregué cuanto llevaba y él, con rapidez, volvió a salir y se perdió entre la numerosa gente que deambulaba. Mi confianza en él es infinita, pero me preocupaba que pudiera ocurrirle algo, conocido su espíritu aventurero. Mas no, al cabo de un tiempo –a mí me pareció excesivo– regresó con dos paquetes.

–¿Qué has comprado?

–Volvamos al hotel y te lo enseñaré –fue su lacónica respuesta.

El camino lo hicimos de prisa y callados. Subimos directamente a la habitación y Tom desenvolvió los paquetes. Aparecieron dos revólveres medianos y un pistolón que daba miedo.

–Este es para ti y puedes guardarlo con discreción en cualquier lugar de la ropa –me dijo entregándome uno de los pequeños–. Éstos son para mí. Este grande es un parabellum capaz de agujerear una chapa resistente. Aquí tienes lo que ha sobrado.

–Pero...

–Desde una ventana del bar, divisé una armería. Al principio negaron que vendieran estas armas, pero a fuerza de astucia y ofrecimientos, conseguí que casi en secreto, me ofrecieran éstas. Para nosotros son suficientes.

–¿No nos causará problemas la tenencia ilícita?

–Los problemas los tendremos si nos atacan y no podemos defendernos. Tú tranquilo.

Pero no, yo no estaba tranquilo; jamás había manejado un arma para defenderme; sólo en una competición y forzado a participar. Pero no quise discutir con Tom, que de esta clase de problemas sabía más que yo. Bajamos al hall y, al verme, se acercó el recepcionista y después de un diálogo innecesario sobre supuesta correspon-

dencia aún no recibida, me entregó, al darme la mano, un arrugado papelito que, una vez alejados, introduje en mi bolsillo.

Sentados ya en el comedor para almorzar, deslié el papel en el que había escrita una dirección: “128 Rue de la Republique”.

–Ya tenemos donde se encuentra la Congregación, Casa o lo que sea.

–La ciudad es muy grande, convendría saber dónde está situada –comentó Tom–. En el hall he visto planos–guía, voy por uno.

–No, míralo allí mismo: Rue de la Republique.

Salió y tardó más de veinte minutos en volver.

–Está lejísimos. Y si no es porque un empleado me la señala, no la encuentro. Me ha dicho, además, que la zona es muy peligrosa; abundan ladrones, vendedores de drogas, prostitutas y matones.

–Debemos tener cuidado y que nadie note nuestro interés –comenté.

Decidimos dejar para el día siguiente ir a la Casa o Convento. Así que pasamos la tarde en el hotel. Como para la noche estaba anunciado un espectáculo con bailarinas nativas, después de cenar, entramos en el Salón donde se celebraría el evento. Nos colocaron cerca del escenario, en torno a una mesita para cuatro, pues todo estaba previsto para tener compañía. La función fue muy bonita, con una chicas morenas espectaculares y bien ligeritas de ropa; y cuando terminó, dos de ellas se nos acercaron sonrientes, pidiendo con gracia que las invitáramos, petición imposible de no atender.

Durante bastante tiempo estuvieron con nosotros, charlotean-do en un francés peculiar, con acento muy simpático, sin parar de pedir y consumir bebidas; fue Tom, más precavido que yo y temiendo que nos enredaran, quien hizo que nos levantáramos pues, según explicó como excusa a las bellezas, teníamos que madrugar.

No llevaríamos media hora acostados, cuando se abrió suavemente la puerta y entraron las dos Venus de ébano, quitándose las escasas vestimentas e imponiendo silencio con el dedo en los labios. Y

antes de cualquier pregunta o actuación, se habían metido en las camas toqueteando y acariciando nuestros cuerpos, y con singular habilidad, despojándonos de ropa, para estar como ellas. La que se situó conmigo, con sus gruesos labios, en un largo beso, me impidió protestar, y aprovechando mi natural reacción varonil, después de larga etapa sin contacto femenino (supongo que lo mismo le pasó a Tom), cabalgó sobre mí con tal destreza y durante tanto tiempo, que creí iba a desmayarme, antes de quedar dormido.

Me desperté cuando Tom, con energía, me sacudió.

—¿Qué pasa? —pregunté—.  
¿Y las chicas?

—Las chicas nos han dejado limpios de todo, incluso de dinero.

Efectivamente, habían registrado nuestras pertenencias, cogido el dinero y cuanto consideraron de valor.

—Nos debieron echar algo en las bebidas —comentó Tom—. Menos mal que nos han dejado la documentación y no han encontrado las armas.

—El dinero es lo de menos, tenemos reservas en el banco.



–¡Pero a mí no me gusta que me engañen!–protestó Tom.

–Olvidemos el percance, tenemos que buscar a Helena.

Tom refunfuñando y yo, he de confesarlo, complacido en el fondo, nos arreglamos, buscamos al gerente, al que le contamos el robo; el nos rogó guardar silencio y nos hizo la promesa de una compensación en la factura.

En la calle paramos a un taxi que, al conocer la dirección, se negó a llevarnos. Nos recomendó coger un tranvía que paraba algo más arriba y que nos dejaría en la “Place de la liberté”, a poca distancia del lugar que buscábamos; y terminó recomendándonos cuidado con los rateros y atracadores que pululaban por el barrio.

–¡Menudo lugar para situar un centro religioso! –exclamó Tom.

Subimos al tranvía, nos colocamos de espaldas uno con el otro, las manos en los bolsillos y pendientes de cuantos estaban o se situaban junto a nosotros. La marcha era lenta, con muchas paradas, por lo que tardamos más de una hora en llegar al lugar donde debíamos bajar. Una vez en la calle, siguiendo una indicación de tráfico medio deshecha y caminando casi media hora, pudimos, por fin, leer en una esquina el nombre de “Rue de la Republique”. Aquí tuvimos un pequeño incidente. Mientras mirábamos la numeración de los edificios para encontrar el 128, alguien me cogió por el cuello y con un afilado cuchillo en la garganta, exigió el dinero que llevara. Lo que él no había imaginado es que conmigo iba un hombre que, al darse cuenta, le oprimió el costado con el cañón de un revólver. El maleante, entonces, retiró el cuchillo, pero lo que no se esperaba es el mazazo del puño de Tom en la cabeza, que le hizo tambalearse medio inconsciente y, cuando se recuperó, correr como un gamo.

Por más que miramos, no se veía ni Iglesia, ni el edificio, el número 128, tenía aspecto ni señales de Convento o algo por el estilo. Ya junto a él, en la fachada, podía descubrirse, con mucha atención, un letrero, casi borrado, con la expresión “Centre hospitalier”.



–Debe ser esto, por aquí no se ve nada más –dijo Tom.

–Vamos a preguntar –decidí.

En la entrada, resguardado por una puerta formada por barras de hierro entrecruzadas, estaba un hombre mayor, de poblada barba blanca, que nos observó curioso.

Siendo la lengua predominante en el Congo el francés, en ella nos dirigimos al hombre. Como supimos más tarde, era el portero y nos atendió muy amable. Resaltó el carácter hospitalario del centro, diluyendo el aspecto religioso, de ahí la denominación del edificio (las circunstancias conflictivas del país obligaban a ello), aunque reconoció que estaba regido por hermanas cristianas.

Le hablé del objeto de nuestro viaje, pero no sabía o no quiso decirnos nada. Se limitó a llamar a una monja o hermana, para que nos llevara hasta la superiora o regenta. Ésta, ya mayor, nos atendió con mucho interés y con gran curiosidad, por los riesgos que habíamos corrido, pues le di cuenta, por encima, con objeto de conseguir su confianza, de nuestras aventuras.

–Somos parientes y la quiero mucho –mentí por no descubrir mi verdadero cariño por Helena.

–Que yo recuerde –explicó– entre nosotras no hay ninguna que se llame Elena.

–Al tomar hábito, ¿no suelen cambiar de nombre? –pregunté.

–Sí, es cierto. ¿De que nacionalidad es ella?

–Española –respondí.

–Si mi memoria no falla, aquí sólo existe una española: la madre Teresa de Jesús...

–¡Seguro que es ella! Tenía mucha devoción y admiración por la santa de Ávila.

–Voy a comprobar si su nombre, en el mundo, es el que dice usted.

Salió y no tardó mucho en volver con un registro, en el que miraba atenta.

–Lo siento, señor, aquí no aparece ninguna monja que se llame Elena. El mundo estaba a punto de derrumbarse sobre mí, cuando lo recordé.

–¿Ha mirado usted en la H?

–¿En la H? –inquirió asombrada.

–Sí. El padre la inscribió como a la Helena griega, raptada por Paris, según la mitología.

–Veamos. –Y abrió de nuevo el libro, para terminar exclamando–: ¡Pues sí! Aquí aparece: Helena Jiménez Santos.

–¡Es ella! –grité

Fue tan grande la emoción sentida, que estuve a punto de desmayarme. Impaciente le pedí verla de inmediato.

–Lo siento, señor, pero no está aquí.

–¿Cómo dice?

–Hace un mes que marchó a un Centro que tenemos en plena selva. Han surgido diversos problemas allí y como ella fue quien lo fundó y organizó, ha querido ir para solucionarlos.

Al ver mi rostro desenchajado por el pánico y la decepción, la superiora procuró tranquilizarme.

–No se preocupe. Madre Teresa, en todos sitios, es muy conocida y respetada.

–Pero, ¿cómo una mujer sola puede enfrentarse a los peligros de este país?

–Muchas veces lo ha hecho. Parece imposible pero es así, un verdadero milagro. Su energía, su valor, su fortaleza y su bondad se traslucen, se descubren en su rostro; y su mirada, aunque dulce, tiene tal firmeza que detiene a los más atrevidos bandidos. Ya lo hemos comprobado: Dios le da una protección que nadie es capaz de traspasar. Tampoco está sola, existen con ella compañeras e incluso nativos, que colaboran en las labores de ayuda que realizan.

–Será verdad lo que me cuenta, mas no me tranquiliza. ¿Cuál es el medio más rápido de llegar a ese Centro?

–Lo ignoro. Creo que tal vez navegando por el río. De eso podrán informarle mejor en cualquier agencia de las que organizan excursiones. El Centro está situado a pocos kilómetros de la curva que hace el río Congo para ir hacia el Atlántico. Existen cercanos varios poblados, pero ninguna ciudad que no esté distante.

Decepcionado y de malhumor, di las gracias a la monja y salimos a la calle. Yo, lo confieso, casi llorando y sin fijarme en nada ni en nadie. Tom me cogió del brazo y sacudiéndome, señaló a un grupo parado en la esquina.

–Creo que nos están esperando. Empuña tu pistola y vayamos por esta otra calle, y de prisa, antes de que reaccionen.

Cambiamos, pues, el camino y como por suerte encontramos un taxi que no tuvo inconveniente en recogernos, cuando el grupo de facinerosos se dio cuenta, marchábamos a toda velocidad hacia el hotel.

En el hotel, después de un buen baño, bajamos a tomar algo. Al empleado, que tan bien nos había tratado siempre, le dije que deseaba consultarle sobre la mejor forma de desplazarse, con rapidez, por el país.

Sentados alrededor de una mesita, situada en un rincón del salón, sobre un mapa cogido de la propaganda turística, le señalé, aproximadamente, el lugar al que pretendíamos llegar.

Está lejos –comentó–. Yo creo, por seguridad, que deberíais integraros en alguna de las excursiones organizadas hacia el interior. Aquí mismo, en el hotel, estamos preparando una para mañana. El barco, haciendo escala en varias poblaciones y zonas interesantes, navega hasta aquí –señaló un punto del mapa– un lugar muy cercano al que deseáis desplazaros.

–Y luego, ¿cómo seguimos?

–Por allí existen bastantes poblados pequeños. No será difícil contratar en alguno una barcaza que os remonte. Los nativos de esa zona son acogedores y están acostumbrados a tratar con excursionistas y extranjeros.

–Pues me parece bien el plan. ¿Cómo lo ves tú, Tom?

–Bien.

–Entonces, si les parece –sugirió el empleado– como creo que aún quedan plazas sin cubrir, voy a reservar las vuestras.

–De acuerdo –afirmé–. Y muchas gracias.

–De todas formas –comentó Tom– debemos ir bien pertrechados, por si acaso todo no es tan fácil.



## VII

### **De cómo atrapa y retiene el agujero negro del infierno.**

El embarcadero no estaba lejos del hotel. El barco, medianito, tenía buen aspecto. Los pasajeros subían a cubierta, donde un oficial examinaba los billetes y les indicaba el camino a los camarotes. Nosotros, cargados con pesados morrales y amplias maletas, cuando nos vio el marino, un tanto extrañado, preguntó:

–¿Así vais a una excursión?

–Somos previsores –contestó Tom con cierta sorna.

Él se encogió de hombros y nos señaló a dónde debíamos ir.

Había comenzado a llover fuerte y nos dimos prisa. El camarote, no muy a propósito para dos personas, nos obligó a situar las maletas y morrales unos encima de otros.

El barco no tardó mucho en ponerse en marcha, aguas arriba del caudaloso río. Según nos habían informado, realizaba dos paradas para visitar las más importantes poblaciones existentes junto a él y dar unas vueltas en vehículos “ad hoc” por algunos espacios de la selva. La primera parada se haría a las veinticuatro horas del embarque y la segunda al día siguiente, en otra ciudad, realizando la última el tercer día, en Bumba, donde daría la vuelta hacia el origen. Era allí, al final del destino de la excursión, donde nosotros dejaríamos el barco para proseguir por nuestra cuenta y riesgo.

Como Tom no se fiaba de nadie, incluida la tripulación, no quiso bajar en las paradas. Se quedó tumbado, leyendo la prensa o

paseando por cubierta, observando el río y las embarcaciones que, hacia arriba, luchaban contra la corriente. La primera vez yo sí fui con los turistas; pero dado mi estado de ánimo y mi impaciencia, pasé todo el tiempo deseando regresar. Hice alguna compra ligera, pues ya estábamos sobrecargados, y cuando estuve de nuevo en la nave, decidí moverme sólo al final, cuando alcanzáramos nuestro punto de destino. Así lo hice y aunque invité a Tom a que diera un paseo con los turistas en la segunda parada, sólo bajó para comprar unas botellas de vino y una pequeña garrafa para agua, por si nos hacía falta.

Al atardecer, dando una vuelta por cubierta gozando de la frescura de un viento agradable, observé cómo subía, cimbreado, una belleza morena que reconocí de inmediato, pese a que llevaba unos raídos vaqueros y una blusita descolorida.

–Mira –dije a Tom señalando hacia ella.

–Parece la bailarina del hotel.

–Y lo es –afirmé.

La muchacha, que también nos reconoció, dudó unos momentos, pero al final se dirigió a nosotros decidida y sonriente.

–¡Hola! ¿Qué hacéis aquí?

–Esperando que terminéis de saquearnos –respondió agrio Tom.

–Cumplíamos órdenes que no podíamos desobedecer, pero vosotros lo pasasteis bien, ¿no es cierto? –rio pícaro.

–Tú, ¿qué buscas por aquí? –le pregunté.

–Pasar a otro país donde no me persigan ni exploten.

–Hubiera sido más fácil en Kinshasa, cogiendo un avión –señalé.

–En Kinshasa me busca todo el mundo, empezando por la policía.

–¿Tantos delitos has cometido? –pregunté burlón.

–Basta con que te fichen por algo, incluso por dar placer a los demás, como la otra noche.

–Este lugar parece peligroso para una mujer como tú.

–Soy de aquí y conozco bien el terreno. Mi idea es llegar al Centro Asistencial, en un poblado cercano, donde tengo amigos, y que me faciliten ayuda para pasar a Sudán u otro país.

–Pues nosotros es precisamente a ese Centro Social, Sanitario o a lo que se dedique, al que queremos encontrar, buscando a una familiar que nos han dicho se encuentra en él.

–¡Que bien! Entonces podemos ir juntos. Yo os guiaré y así me encontraré acompañada y más segura.

Tom, que había permanecido callado, no parecía estar muy satisfecho.

–Si ella conoce el terreno, nos será muy útil –le razoné, tratando de convencerle.

–Si a ti te parece bien, pues tú decides –fueron sus palabras.

–Me llamo Anika, ¿y vosotros?

–Tom y Carlos.

–Puesto que vamos a ir juntos y yo no tengo camarote, si no os parece mal, voy a dejar mis cosas en el vuestro.

A pesar del gesto de desagrado de Tom, yo la autoricé y bajé con ella la pequeña mochila que traía. La puso en un rincón.

–Dormiré sobre ella, no soy delicada.

Cuando oscureció y repartieron la cena –unos bocadillos rellenos con extrañas conservas (muy bien empaquetadas), una banana y una botellita de vino oscuro y flojo– los compartimos entre los tres, pues Anika formaba ya parte del grupo.

Apenas terminamos, Tom se bajó alegando que tenía sueño. Yo sospecho, sin embargo, que la compañía no le agradaba. Anika y yo, paseando por cubierta, me fue contando cosas de su vida azarosa en la jungla, en la ciudad como bailarina y descuidera, bajo una especie de mafia que la explotaba; por eso pretendía escapar y encontrar otro lugar donde no dependiera de otros. Yo la escuché tratando, como en un juego, de descubrir lo que era verdad y no simple invención. Al cabo de un buen rato, propuse irnos a dormir, pues

teníamos que madrugar al día siguiente. Sin formar ruido, entramos en el camarote y sin hablar, yo me despojé de lo más superficial y me acomodé en mi litera. Y cuando más descuidado estaba, sentí como Anika, con suavidad, se colocó a mi lado y, más tarde, debajo, completamente desnuda.

–¡Pero Anika....! –exclamé en voz baja.

–Calla... Hay que pasarlo bien, por si mañana es el último día de vida –sentenció, mientras me bajaba los pantalones. Luego me besó incansable, mordisqueo mi cuello y orejas, ordenando bajito de vez en cuando:

–Espacio... espacio... –en tanto se movía con arte diabólico y me atraía a ella con fuerza, como queriendo horadarme el tórax con sus pechos, increíblemente duros y erectos. Por fin se relajó, dejó flojos sus músculos y yo, agotado, pude decirle muy bajito:

–Vamos a dormir. –Y de costado, frente a frente y abrazados, cerramos los ojos.

Pero yo procuré no dormir, con el fin de levantarme antes de que Tom despertara y se diera cuenta de la trapisonda nocturna. Nada más aclarar un poco, me vestí, sacudí a Anika para que hiciese lo mismo, cubriendo la escultura perfecta de su cuerpo moreno. Fuimos a la pequeña cafetería del barco y no habíamos terminado de tomar el café, cuando apareció Tom.

–Tenemos que bajar las cosas para emprender el viaje por nuestra cuenta. Hay que buscar el medio de transporte, pues tú estarás cansado después de la nochecita –dijo en tono burlón.

–Pero...

–No soy sordo ni tonto. Para tener tanto interés por Helena, bien que le pones los cuernos.

–Es que Anika posee una tenacidad y...

–Si te comprendo: resulta irresistible.

Sin más comentarios, que la chica no escuchó pues había salido a cubierta, fuimos al camarote, recogimos las cosas, maletas y



mochilas, incluida la de Anika y nos dispusimos a abandonar la embarcación.

El guardia que estaba a la entrada, asombrado, nos preguntó:

–¿Pero sabéis lo peligroso que es ir solos por la zona? Hay tribus en continua gresca, bandas de ladrones y raptores, incluso de los países limítrofes...

–Sí, conocemos el riesgo, pero lo tenemos decidido –contesté.

–Pues suerte, que la necesitáis.

Anika, con acierto, indica que debemos adquirir algunas provisiones.

–Existe un pueblo cerca del embarcadero de barcazas, de gente muy amable, donde podemos comprarlas –explicó ella.

Sobre tres kilómetros llevaríamos caminando, cuando se divisaron las casitas y chozas del pueblo. Anika nos llevó a una bien construida y cuidada, a cuyos dueños conocía... Tras los saludos de rigor, trató del alquiler del barquito y de las compras. Lo cierto es que Anika, hasta ahora, nos estaba sirviendo de gran ayuda. Por mi parte, pagué los precios y sugerí salir cuanto antes.

–Primero tiene que repostar y preparar cuanto le hemos encargado. Tardará un par de horas, que aprovecharemos para descansar –dispuso con una decisión indiscutible.

Pero los preparativos tardaron más de lo previsto y el barquero, dado lo avanzado del día, consideró conveniente salir a la mañana siguiente, con el fin de que la noche no nos cogiera antes de llegar al embarcadero de destino. Decidido esto, los tres, en una pequeña habitación, casi juntos, pasamos la noche.

Amaneció y sin pérdida de tiempo, colocamos las mochilas y demás equipaje en la barcaza, que era bastante grande; el dueño puso en marcha el motor que, según Tom, era poco potente para impulsar río arriba, contra corriente, todo el peso que llevaba. En efecto, la velocidad era lenta y el ruido del motor ronco, casi asmático; por fortuna, pese a su endeble impulso, como las aguas estaban serenas, cerca

del atardecer consiguió alcanzar el lugar de destino. El barquero se fue a toda prisa, con rapidez, aguas abajo y ahora sin carga. Los tres quedamos frente al camino que conducía al Centro.

–Está muy cerca –aseguró Anika.

Yo sentía tan honda emoción, que ponía alas a mis pies. Por fin vería a Helena, pasados tantos años. Y mientras avanzábamos, trataba de imaginarme como estaría hoy, como habría cambiado aquella tímida jovencita que siempre sonreía y siempre miraba con dulzura e inocencia... El blanco edificio, rodeado de tanto verdor y bajo la sombra de altos árboles, en la distancia, daba la sensación de ser como un nido escondido en la frondosa y salvaje vegetación... Pero cuando nos aproximamos lo suficiente para descubrir con claridad sus detalles, algo me inquietaba cada vez más.

–Parece raro que no se vea ningún movimiento –comenté.

–Sí que resulta extraño; yo también lo he notado –afirmó Tom.

–Estarán cuidando enfermos o rezando –explicó Anika.

Ya, prácticamente a las puertas, un fuerte olor a quemado invadía el contorno.

–¡Oh! –exclamó Anika–. La capilla ha ardidido; miren a la derecha.

En efecto, de lo que fue una pequeña Iglesia, sólo quedaban la pared frontal y el campanario. El resto, en el que debió abundar la madera, humeaba todavía. El Centro, en apariencia, permanecía intacto. Como la puerta no estaba cerrada, con cierta precaución, entramos. Recorrimos parte de la primera planta sin ver a nadie, hasta encontrar, en una diminuta habitación, a un viejecito, sentado junto a una mesa y escribiendo sobre una especie de registro.



–Es el capellán –nos indicó Anika.

Cuando se dio cuenta de nuestra presencia, se levantó y vino a nosotros. A las preguntas que le hicimos, respondió explicando que habían sido asaltados, hacía dos días, por una banda o milicia, no lo sabía bien, y además de robar las escasas existencias, habían quemado la capilla y raptado a las jóvenes que cuidaban a los enfermos, sin respetar a la propia Madre Teresa esta vez. Sólo lo dejaron a él y a dos monjitas ancianas, que son las que han continuado ayudando a los acogidos.

–Pero ¿y la policía o los servicios de defensa? –pregunté indignado.

–Por aquí aparecen pocas veces. Yo les he dado cuenta con un nativo y estoy esperando que lleguen, si es que vienen.

–Conociendo la labor que hacéis en beneficio de los más necesitados, ¿cómo es que no os respetan las bandas? –inquirió Tom.

–Mire, toda la zona, extensísima, está llena de tribus rivales que se odian y no cesan en su continua lucha. Y por si fuera poco, de los países limítrofes, como Sudán, Uganda y otros, se desplazan otras bandas de traficantes de drogas y, especialmente, mujeres para venderlas como esclavas o para ser violadas. Por su aspecto, los que han consumado este desastre, me parece que eran ugandeses, porque los de alrededor conocen el Centro y suelen respetarlo, pues en muchas ocasiones lo han necesitado. Y, además, respetan a la Madre Teresa, la fundadora, tanto por agradecimiento como por un cierto temor casi supersticioso ante la energía y valor de ella, capaz de enfrentarse sola a todos con sus palabras.

Nos enseñó el Centro, en el que había enfermos, heridos y niños abandonados; nos presentó a las dos monjitas que cuidaban a todos, pese a sus escasas fuerzas y ancianidad. Ellas nos dieron de comer y nos prepararon acomodo para pasar la noche.

Cuando llegaron los policías –un Sargento y tres números– se limitaron a comprobar los daños, aconsejar que se desplazaran al

poblado próximo para pedir ayuda, y respecto a nuestra intención de seguir a la banda, que desistiéramos, pues eran muy agresivos y lo único que podíamos conseguir es que nos mataran o hicieran prisioneros para pedir rescates. Y se fueron tan convencidos de haber cumplido con su deber.

Tom me miraba intentando adivinar mis deseos; pero éstos eran tan claros, que se limitó a decir:

–Iremos tras ellos.

–Mi padre me enseñó a descubrir los rastros dejados en la huida, así que os puedo servir de ayuda. Voy con vosotros –decidió Anika.

–Te expones sin necesidad. Puedes todavía alcanzar a la policía y regresar con ellos –le propuse.

–Volver es más arriesgado para mí –respondió.

## VIII

### **De cómo el infierno te envuelve implacable.**

Al siguiente día, por la mañana, ya descansados, preparamos las cosas que nos llevaríamos, eliminando las inútiles, que sólo serían de estorbo y para aumentar el peso. Nos ayudó en la tarea el capellán, como más experto; también nos facilitó tres machetes, una pequeña brújula por si nos perdíamos en la espesura y algunas vendas, pomadas para picaduras y medicinas. Nos indicó el lugar por el cual se fueron los asaltantes y dándonos su bendición nos deseó suerte.

Anika se erigió en guía, como conocedora del terreno y mostrando un valor que, por lo general, se le niega a la mujer. La huella o rastro, muy reciente, al no haber llovido durante varios días, se distinguía muy bien y carecía de obstáculos difíciles, lo que nos permitió caminar ligeros. Con los machetes en las manos, apartábamos las ramas o plantas que en ocasiones entorpecían el paso o nos arañaban; también nos servían para defendernos de cualquier posible ataque de algún animal no muy grande. Las armas de fuego, igualmente, las teníamos dispuestas por si acaso surgía necesidad de ellas.

Caminamos unas cinco horas y el cansancio nos invadía. Decidimos descansar un rato, aprovechando la parada para comer. El calor se hacía agobiante. La tupida vegetación impedía el viento y la formación de cualquier corriente de aire que refrescara. Nos pusimos de nuevo en marcha, tratando de encontrar un claro donde pasar la noche, cuando de improviso nos rodeó un grupo de quince o veinte negros, todos armados. Anika, con un valor y soltura admirables,

se acercó al que parecía el cabecilla y estuvo un rato hablando con él. Trató, según nos explicó, de decirle que buscábamos a unos parientes y amigos raptados. Por lo visto eran cazadores de otra tribu enemiga de los que pretendíamos hallar, a quienes también querían encontrar. Pero esto, en realidad, no les hacía amigos nuestros, pues nos desarmaron, ataron nuestras manos a las espaldas y nos hicieron seguirles estrechamente vigilados, empujándonos sin ningún miramiento, para que no perdiéramos el ritmo del caminar de ellos. De esta manera anduvimos hasta una especie de refugio, con un par de rústicas construcciones –más bien chozas– hechas de troncos de árboles y recubiertas de forraje. Daba la sensación de un lugar para descansar, pues no existían ni miembros de la tribu ni reservas de alimentación o defensa.

Nos introdujeron en una de ellas, no muy grande, y quedaron dos a la entrada, como haciendo guardia. Cayó la noche y a ninguno se le ocurrió ofrecernos ni siquiera agua. En la construcción de al lado se situaron los demás. Durante un buen rato se sentía, muy confusa, la charla que sostenían. Al cabo de un considerable tiempo, todo quedó en calma; sólo se percibía el ruido de los animales y aves nocturnas, en sus correrías de caza. Los altos árboles y la espesa vegetación, apenas dejaban pasar unos leves rayos de luz de una espléndida luna llena. Acomodados los ojos a tan escasa iluminación, pude observar cómo Tom, con simiesca contorsión silenciosa, a los pocos minutos había podido desprenderse de ataduras, lo que no me extrañó al recordar su época de trabajador de circo. Poco más tarde, con la misma habilidad, nos desató a nosotros, pidiéndonos silencio con el dedo en la boca e indicando que guardáramos la misma posición; él, reptando, llegó a la entrada en la que estaban los guardianes, confiadamente dormidos. Levantó los puños y con su habitual fuerza, los dejó caer sobre las negras cabezas de ambos, pasándolos del sueño a la inconsciencia, sin transición. Para despistar, los colocó como en principio estaban.

Procurando no hacer ruido, recogimos nuestras cosas y armas, que imprudentes los captores habían dejado en la choza, y como felinos en busca de presa, nos fuimos, dejando a los guardianes como dos muñecos. Ya en el sendero por el que nos habían traído, Tom paró y expuso su plan:

–La mejor manera de engañarlos, no es irnos por aquí y alejarnos; cuando se den cuenta nos seguirán y alcanzarán, pues son más ágiles y no van cargados. Lo más ingenioso y eficaz, es volver y escondernos en unos barrancos cercanos. A la izquierda hay un arroyuelo por el que iremos sin dejar huellas. Así lo hicimos y en un barranco, cubiertos de maleza, esperamos sin hablar ni hacer ruido.

Casi amanecía cuando, de repente, escuchamos gritos de los guardas, que se habían recuperado, y el clamor del resto al darse cuenta de nuestra huida. Como Tom había previsto, todos, de forma precipitada y desordenada, se lanzaron hacia la senda en la que habíamos dejado conscientes un falso rastro, y se perdieron en el bosque corriendo. Tom nos mantuvo quietos y callados por precaución, pues podían haberse quedado algunos. Pero cuando transcurrió un tiempo prudente sin oír nada y sin que nadie regresara, Tom, con cuidado, empuñando su potente arma, fue a las chozas y entró en ellas y las halló vacías. Sin embargo, tardó en regresar y ya estábamos dispuestos a comprobar si le ocurría algo, cuando volvió con el mismo sigilo.

–¿Por qué has tardado tanto? –le pregunté.

–Les he preparado un susto si regresan, con un arma que han olvidado. Ya es momento de irnos, pues el día llega rápido. Seguiremos por el arroyo que, según la brújula, viene del Norte, dirección que nos conviene, pues nos acerca a naciones limítrofes.

Durante toda la mañana no cesamos de caminar por el arroyo, gracias a su escasa profundidad; pero los pies los teníamos helados, pues el agua estaba fría y llegó un momento en que casi no podíamos andar.

–Estoy agotada y hambrienta, descansenos algo –propuso Anika,

–No creo que los salvajes esos den con nosotros. Sentémonos allá –señaló Tom.

Nos salimos del agua y nos frotamos los pies para desentumecerlos.

–El otro problema es que no tenemos provisiones –comenté.

–Allí veo un cocotero –señaló Anika– que puede calmarnos el hambre. Es raro encontrarlos aquí, por lo que hemos tenido suerte.

Tom fue con su machete y pudo hacerse con varios frutos, que nos supieron a gloria. Repuestos y seguros de que no nos seguían, reemprendimos la marcha, ya fuera del agua, por la orilla. Tampoco era fácil caminar. Las márgenes estaban cubiertas de plantas y ramajes, algunos con afiladas púas, que dificultaban el paso. Mas íbamos avanzando. Tom miraba la brújula para comprobar que era buena la dirección. Dos o tres veces tuvimos que descansar. Cerca del anochecer sentimos ruidos como de motores. Tom propuso separarnos un poco del río e introducirnos en la espesura, para comprobar sin riesgo la procedencia. Con la lentitud que, en ciertos casos, imprime el peligro a los movimientos, agachados y procurando no llamar la atención, nos acercamos lo suficiente para ver la fuente del ruido, tan impropio de la selva. Era una especie de perforadora que horadaba el suelo en un claro que había abierto un grupo de, al parecer, investigadores o mineros.

Por palabras sueltas que nos llegaban, debían ser ingleses o americanos, lo que nos tranquilizó, pues podíamos recibir ayuda de ellos. No obstante, Tom, precavido, planteó la cuestión de cómo íbamos a presentarnos y, sobre todo, a justificar nuestra presencia. Acordamos decir parte de la verdad.

Nada más acercarnos nos apuntaron con unos modernos rifles de repetición y nos rodearon. Eran sobre diez o quince... El jefe o encargado, nos preguntó quiénes éramos y qué hacíamos allí. A me-



días entre Tom y yo, le contamos nuestra búsqueda de una pariente monja, que había sido secuestrada con otras en el Centro hospitalario y cómo nosotros mismos, fuimos asaltados por una banda, de la que pudimos escapar por la noche. Nuestra intención era llegar a Sudán u otro país cercano y averiguar qué habían hecho con las mujeres.



—Menuda tarea para tres personas solas —comentó, y añadió:— Estas tierras son excesivamente peligrosas y hay que ir bien armados. Lo más probable es que los raptores pertenezcan a alguna tribu que se dedica a pedir rescates o vender esclavas. Quedaros hoy con nosotros, que estamos investigando minerales. Mañana uno de nuestros vehículos ha de ir a Sudán, para que nuestro laboratorio analice unas muestras, y traernos más equipo. Podéis ir a ese país y, si tenéis suerte, encontrar algún rastro de las mujeres.

Le agradecí, muy contento, su amabilidad y acogida. Nos ofrecieron comida y luego, por la noche, unas mantas. Tom, sin embargo, no dijo nada, se le notaba receloso, pues no entendía tantas facilidades de unos desconocidos que, además, iban armados hasta los dientes con lo más moderno. Pero la verdad es que todo iba saliendo bien.

Al siguiente día subimos al vehículo, que conducía un negro imponente, y dos de ellos, con sus correspondientes carabinas. El viaje duró todo el día. La senda, más que camino, que habían abierto entre la vegetación, no permitía una velocidad mediana. Pese al tiempo que duró llegar al destino, apenas si pudimos intercambiar con los guardas o guardias unos monosílabos. Sobre el objeto de sus

trabajos, se limitaron a repetir lo que en principio nos dijeron, que realizaban una investigación mineralógica, de acuerdo con la República Democrática del Congo y Gran Bretaña.

Ya entrada la noche, llegamos a un puesto fronterizo, según nos dijeron. Fue el chofer, el gigantón negro, quien bajó y estuvo hablando con los del puesto, que se limitaron a echar un vistazo y dejarnos seguir adelante. A partir de aquí el camino mejoró, pues si bien existían baches y algunos obstáculos, eran fácilmente salvables, lo que permitió una mayor velocidad y que no se tardara demasiado en alcanzar el término del trayecto: un caserón aislado en medio de una llanura casi desértica.

Nos hicieron bajar y, de nuevo, el chofer gigantón, estuvo hablando largo tiempo con el personal de la casa, que debían ser policías o soldados del país, pues vestían unos uniformes raídos y portaban armas no muy modernas.

Al final, dirigiéndose a nosotros, nos informó:

–Os dejamos aquí, con las autoridades más cercanas. Ellos se encargarán de llevaros a la capital.

Sin más protocolo ni explicación, subieron de nuevo al vehículo que nos había traído y se fueron a todo gas. Los policías o soldados del caserón, lo primero que hicieron fue despojarnos de nuestras armas, pese a las protestas de Tom. Tuvieron la atención, después, de darnos comida y agua al notar que estábamos exhaustos. Como el edificio no era muy grande y de una sola planta, anduvimos un poco, estirando las piernas y observándolo todo. Pero esto no duró mucho, pues al ver que teníamos cierto interés en conocer dónde nos hallábamos, nos llevaron a una habitación –más bien celda– escasamente iluminada, en la que sólo había dos sillas, dos camastros y un pequeño y sucio aseo. Cerraron la puerta y echaron la llave de la vieja y tosca cerradura.

–Creo que nos han tendido una trampa –comenté.

–Me sospechaba yo algo así–añadió Tom.

–Pero ¿por qué? –preguntó Anika

–No lo sé. Puede que el estudio sobre mineralogía sea otra cosa, algo prohibido y secreto de los dos gobiernos –insinué.

–Tal vez tráfico o búsqueda de metales preciosos por mafias (o compañías ilegales) y no quieran que se descubran sus actividades.

–Entonces, ¿para qué entregarnos a la policía? –inquirió de nuevo Anika.

–¿Estamos seguros de que éstos son policías? Sus vestimentas semejan las de cualquier explorador o cazador, casi iguales a las nuestras –señalé preocupado.

Bueno, descansemos y esperemos a que amanezca –sugirió Tom, como hombre práctico que era–. Acostaros vosotros en los camastros que yo voy a quedarme junto a la puerta, pues no me fío de esta gente.

Yo me dormí rápido y lo mismo debió ocurrirle a Anika, como consecuencia del cansancio. Tom, más fuerte, sentado en una silla junto a la puerta, permaneció en vigilia y con los oídos atentos a cualquier ruido.

Por la mañana nos entraron unos bocadillos de duro pan, con un trozo de carne seca y café, pero no nos permitieron salir.

–Ya vendrán por vosotros –es lo único que logramos sacarles.

Pienso que estamos en Sudán del Sur, donde la situación político–social es muy complicada. En general todo Sudán es complicado, por las distintas etnias, la expansión creciente del arabismo y la mezcla de creencias y pobreza. La dependencia de la agricultura en una zona de escasas lluvias, crea problemas que terminan por hacer colisionar necesidades e ideas.

Cercano el mediodía oímos el ruido de motores y no tardaron mucho en hacernos salir y subir a un viejo camión, acompañados por cuatro individuos bien armados y mal encarados, dos de los cuales tenían pinta de ser árabes. No tardamos en partir, seguidos de otro camión cargado con varias cajas y unos diez nativos, también con sus inseparables armas.

El hecho de que no cogieran la mal cuidada carretera sino un polvoriento camino, me hizo pensar que pretendían eludir encuentros no deseados.

–Estos no son policías ni soldados –me susurró Tom– y los que vienen en el vehículo que nos sigue, me recuerdan a los que nos secuestraron.

–Es posible –afirmé– y tenemos que pensar algo, porque muy espabilados no son.

–¿Qué llevarán en las cajas?

–Seguramente algún mineral robado para contrabando. Tal vez coltán, abundante en el Congo, ahora muy utilizado alguno de sus componentes, para la construcción de aparatos electrónicos –comenté.

–Por el momento –expuso Tom– tenemos que someternos. Son más y están armados; por otra parte, si pudiéramos escapar en este semidesierto, no llegaríamos a ningún lado. Es mejor que nos lleven al lugar que tengan previsto. Hasta el momento no nos han tratado mal, lo que puede significar que piensan pedir rescate o vendernos, y al estar en buenas condiciones, tenemos mayor valor.

Dejamos de hablar, pues empezaron a vigilarnos con mayor cuidado. Como adormilados estuvimos largas horas, sin protestar ni realizar ningún movimiento que pudiera hacerles aumentar la atención. Pero las necesidades del organismo acaban por obligar a alguna gestión.

–Tengo hambre y sed –dijo Anika.

Tom, como más experto en dificultades, se dirigió a los guardias, sin temor a los rifles que le apuntaban, y como pudo les explicó que necesitábamos comer y beber. Se miraron y, tras cuchichear entre ellos, abrieron una especie de morral, extrajeron pan, algunos fiambres secos y un par de botellas de agua. Tom quizá tenía razón al pensar que deseaban conservarnos en buen estado. Ellos también nos imitaron y comieron.

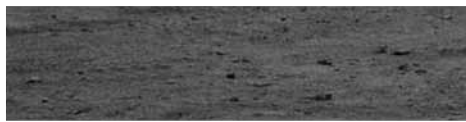
El camino, conforme avanzábamos, era más difícil, lo que obligaba a sortear obstáculos y disminuir la velocidad. El atardecer polvoriento y gris, dejaba paso a la noche. Seguramente conscientes de nuestras necesidades, nos facilitaron otra vez comida y agua. No recuerdo si hicimos parada con objeto de descansar o seguimos; lo cierto es que cuando desperté, el paisaje había cambiado. Nos encontrábamos a la sombra de un frondoso árbol y el sol, por encima del horizonte, nos hacía notar su cada vez más cálida presencia. Tom y Anika se desperezaban, también recién despiertos. Esto me hizo sospechar que nuestro sueño no había sido natural, espontáneo; algo debió contener la última botella de agua que bebimos que nos hizo dormir. Miré en torno y, como he dicho antes, el paisaje era distinto al que recordaba; tampoco el vehículo que nos seguía estaba allí, incluso los guardianes que nos custodiaban no eran los mismos.

Tom y Anika, muy inteligentes, también se dieron cuenta de la nueva circunstancia.

—Nos durmieron y hemos viajado toda la noche —musitó Tom—. Ahora no sabemos dónde estamos.

—El otro camión debió irse —añadió Anika.

—Nos encontramos aparcados al lado de una carretera. No es el tortuoso camino por el que veníamos —señaló Tom—. Creo que estamos próximos al destino al que nos llevan, y tengo la impresión de que nos hallamos en otro país. Tal vez Sudán, Uganda, sur de Etiopía o en la misma Somalia, en la que existen organizaciones y bandas para raptos y toda clase de delitos.



–Pero no hemos recorrido tanto camino –objeté.

–¿Lo sabemos? Hemos podido estar drogados más de un día y la distancia por el Sur de Sudán o Norte de Uganda y demás países limítrofes, no es tan grande. Si observas un poco el camión, no es el mismo en el que iniciamos el camino; posiblemente la rapidez por una carretera ha sido mucho mayor.

La llegada de una furgoneta interrumpió nuestra conversación. Poco después, nos hicieron bajar y entrar en el nuevo vehículo, en el que nos esperaban tres nuevos guardianes, igualmente armados.

El interior, en apariencia, estaba lleno de cajas cuyo contenido no pudimos saber; apartaron una fila del lado derecho, y al fondo existía un espacio vacío lo suficientemente amplio para albergar cuatro o cinco personas. En él nos situaron, acompañados de uno de ellos, y volvieron a colocar las cajas, con lo que la furgoneta, desde el exterior, se veía llena de la mercancía que transportaba.

Ya en movimiento, el individuo que compartía el hueco con nosotros, en un francés incorrecto, nos hizo un extenso interrogatorio: quiénes éramos, de dónde veníamos, qué buscábamos, a qué país pertenecíamos, cuáles eran nuestras intenciones y un largo etcétera... Entre Tom y yo fuimos dando respuestas, de forma que fueran entendidas y aclarando que nuestro objetivo consistía en encontrar a unas monjitas que habían raptado del Centro hospitalario del Congo, por estar una familiar entre ellas.

–¿Cuándo ocurrió eso? –preguntó

–Aproximadamente hace medio mes –contesté

Quedó callado, como pensando; a mi vez, le pregunté:

–¿Sabe algo de ellas?

Dudó entre responder o no, pero al fin informó:

–Pasaron por aquí y fueron entregadas en Somalia.

–¿A quién?

–A un jeque que las había comprado. En el sitio donde estén ahora, no lo sabemos.

–¿Y el jeque, de dónde es? –pregunta Tom.

–Me parece que del Yemen, pero eso nunca nos interesa. Podría ser también de Arabia... Nos pagan y todo olvidado.

–Con nosotros, ¿qué piensan hacer?

–Sólo entregaros; ellos decidirán en el futuro.

–¿Ellos? ¿Quiénes son?

–Los expertos en rescates. Nosotros no entramos en eso.

Quizá se dio cuenta de que había hablado más de lo conveniente y calló de manera definitiva, sin contestar a nuestras preguntas, por más que tratamos, indirectamente, de sonsacarle algo, planteando otras cuestiones sin aparente relación.

La carretera, como el anterior camino, apenas tenía movimiento. Muy de tarde en tarde un vehículo se cruzaba o nos adelantaba. Habrían transcurrido más de cuatro horas, cuando paró la furgoneta detrás de un edificio en ruinas, muy cercano a la carretera.

–Ha llegado el momento de satisfacer necesidades –dijo en tanto abrían el hueco oculto por cajas, para sacarnos al exterior.

–Podéis utilizar cualquier rincón como servicio y después comeremos. Pero mucho cuidado con hacer tonterías porque, alrededor, todo está desierto –avisó.

La parada representó un alivio para la incómoda postura del viaje y, por otro lado, el organismo necesitaba reponer fuerzas con la comida. En este caso, hay que reconocerlo, fue más variada y apetecible que en las otras ocasiones. También nos dieron un poco de vino con lo que nuestra energía aumentó. El descanso no resultó muy largo. De nuevo reanudamos el viaje y ahora a buen ritmo. Había anochecido cuando entramos en un pueblo o ciudad. La furgoneta accedió por la periferia, lo que impidió escuchar si existía el movimiento propio de una urbe importante; lo que sí comprendimos es que estábamos en un puerto, seguramente el punto de destino. Tras una corta espera, nos bajaron y sin dejar de apuntarnos con las armas, nos hicieron subir a un viejo y pequeño barco, atracado en un

lugar poco iluminado. Nos entregaron a unos rudos y mal encarados marinos que, sin ningún miramiento, nos introdujeron en la bodega, sucia y maloliente, sin apenas luz.

Tom, curioseó todo, y acabó afirmando:

–O procuramos escapar de aquí pronto o cada vez será más difícil.

Como si respondiera al propósito expuesto por Tom, el barco comenzó el desatraque y, no muy tarde, por sus movimientos, dedujimos que se hallaba en mar abierto, navegando quién sabe hacia qué lugar. Ni sabíamos cómo escapar ni qué iba a ser de nosotros. La situación se me antojaba imposible de salvar. Tom, sin embargo, opinaba de otra manera. La costa de Somalia, de la que al parecer nos encontramos cerca, está muy vigilada por la frecuencia con que se atacan y retienen a pesqueros occidentales, lo que podría facilitar una intervención del barco; bastaba con provocar algún hecho que lo hiciera sospechoso. Como ahora no teníamos vigilancia, nos dedicamos a buscar cualquier cosa que pudiera servirnos.

Las diversas cajas sólo contenían mineral. Tom encontró una barra de hierro, de metro y medio, no muy gruesa, pero que podía servir de palanca o arma; también, en un rincón, hallamos un paquete de bengalas de las usadas como señales en casos de avería o peligro de naufragio.

–La barra –explicó Tom– puede valernos para abrir la puerta o defendernos; las bengalas para llamar la atención si podemos. Es necesario salir cuanto antes. Por la pequeñez del barco, la tripulación no debe ser numerosa: cuatro o cinco, tal vez. Con un poco de suerte podríamos sorprenderlos.

–Es peligroso –comenté.

–Más peligroso es no hacer nada, ya que sus intenciones con nosotros no son buenas, cuando nos tienen aquí.

Durante unos minutos permanecimos callados, pensando sobre el modo de escapar. En verdad, la cosa era complicada, más aún sin tener certeza en el número de tripulantes o lo que fueran. Tom, como más curtido en estas lides, acabó proponiendo:



–Lo esencial es atraerlos a la bodega de alguna forma. Yo, con la barra, escondido, puedo muy bien eliminar a dos casi de un golpe, si llegan juntos. No creo que bajen más al sabernos desarmados y mayores. Si ocurre así, nos apoderamos de sus armas con lo que, creo, estamos casi igualados, con el factor sorpresa de nuestra parte.

–¿Y si no sucede así? –preguntó Anika.

–Si no acaban con nosotros –les interesa conservarnos– esperaremos el destino que nos tengan preparado, no sin que vapuleen a placer a quien sobreviva. Pero hay que correr el riesgo, si estáis dispuestos.

–Sí, por mi parte –confirmé yo.

–Y por la mía –afirmó Anika.

–Entonces –continuó Tom– actuaremos así: encenderemos una de las bengalas para simular un incendio. Tu, Anika, gritarás como si vieras al diablo; tú, Carlos, golpearás sobre las cajas a patadas, como intentando apagar el fuego. Yo, tras la entrada, los esperaré con la barra para asestarles un golpe o dos y que pierdan el sentido. ¿Os parece bien?

–Sí –respondimos.

Sin perder tiempo, Tom sujetó una de las bengalas entre dos cajas, con objeto de que no se moviera sin control, situó a Anika cerca de las escaleras para que se oyeran sus gritos y yo resguardado en las cajas. Tom, después de encender la bengala con un mechero que llevaba en los múltiples escondites de su ropaje, se colocó de forma que, al abrir la escotilla, quedara oculto.

Y empezó el plan. Anika gritó con toda su potencia, que no era poca, yo golpeé las cajas con un tablero y a patadas y Tom, todo tenso, aguardó el momento oportuno para actuar. No tardó mucho en abrirse la escotilla y al ver el fuego, sin precaución alguna, iniciaron la bajada los guardianes, lo que aprovechó Tom para darles un imponente golpe en la cabeza a ambos, cuyos cuerpos rodaron escaleras abajo inconscientes. Los despojamos de las armas. Mientras yo

comprobaba el estado de los individuos, Tom hizo tres disparos para alarmar a los que quedaban.

Casi de inmediato se asomó otro preguntando, con precaución, qué pasaba, pero tirándole de una pierna, Tom lo derribó y, como a los otros dos, lo dejó sin sentido de un fuerte puñetazo.

–Creo que sólo quedan dos arriba y como ya tenemos armas y somos tres, podremos reducirlos. No se equivocó. Los de cubierta estaban pendientes de sus compañeros, mas no esperaban que apareciéramos nosotros y apuntando con las armas. Levantaron, bastante asustados, los brazos y no opusieron resistencia a que les quitáramos las suyas y, bien amarrados, los bajáramos a la bodega con los demás, aun dormidos no sé si con placidez. Bien sujetos todos de pies y manos, cerramos la escotilla, sobre la que colocamos varias pesadas cajas.

El barco, mientras tanto, navegaba sin gobierno. Tom, siempre hábil, consiguió controlarlo y se hizo cargo del timón.

–Si no me equivoco, estamos en aguas de Somalia. Navegando rumbo al Norte nos acercamos al Yemen y al Mar Rojo. Toda la zona es peligrosa, pero si conseguimos alcanzar la costa de Egipto, tenemos oportunidad de salir de este infierno.

–En estas aguas existe mucha navegación, será difícil pasar desapercibidos –comenté.

Durante horas fuimos tranquilos, sin dificultades. De Tom podía creerse que toda su vida había sido piloto, según manejaba la nave.

Anika y yo investigamos todo el barco, buscando cosas que pudieran sernos útiles y, en especial, comida y bebida, pues llevábamos tiempo sin probar un bocado y sin beber. Tuvimos suerte y encontramos alimentos suficientes, botellas de agua, cerveza y frutos secos. De vez en cuando vigilábamos la escotilla de la bodega, pero continuaba bien cerrada y no se oía ningún ruido. Lo que tampoco era sorprendente, pues todos habían sido bien amarrados y cerrada

la boca con papel adhesivo de embalar, que encontramos entre las varias mercancías transportadas abajo.

Por la posición del sol, mediodía estaba cercano. Hasta ahora todo marchaba según nuestros deseos. No divisamos embarcaciones en el entorno. Tom estaba seguro de que navegábamos hacia el Norte; eso le indicaba la brujulita que tenía y el GPS del barco. Según sus cálculos, al anochecer estaríamos cerca del Yemen que, pese a sus conflictos o precisamente por ellos, podría ofrecernos más facilidad para no ser abordados.

Pero como la suerte es inconstante y voluble como una adolescente, cuando más confiados estábamos se nos echó encima un viejo buque, cuya bandera no conseguimos identificar, pero que con un cañonazo nos obligó a detenernos. No tardaron en abordarnos para comprobar la carga, comportándose a veces como policías, a veces como piratas. Pero la sorpresa mayúscula se la llevaron al encontrar en la bodega a la verdadera tripulación, maniatada y algunos casi desfallecidos. Esto hizo que nos desarmaran y pasáramos a ser considerados como piratas peligrosos. Mas como las cosas de esta enloquecida parte del mundo es imprevisible, cuando comprobaron que los recluidos en la bodega pertenecían a una facción yemení enemiga de ellos, nuestra situación cambió y nos consideraron como compañeros. No obstante, nos obligaron a seguirles hasta un cercano puerto, en el que uno de los jefes, más preparado, nos interrogó durante bastante tiempo, hasta quedar convencido de que nada teníamos que ver con sus luchas intestinas.

La verdad es que nos trató bastante bien e incluso prometió ayudarnos en la búsqueda de las monjitas, al enterarse de la finalidad de nuestras aventuras. Conocía el hecho y que habían sido adquiridas para la prostitución en Egipto.



## IX

### **Donde se comprueba que la desgracia es más constante y frecuente que la suerte.**

Estábamos contentos con los nuevos captores. Nos trataron bien, nos dieron de comer y beber en abundancia, nos prometieron ayuda y, encima, tenían bien sujetos a los piratas del barquito del que nosotros nos habíamos apoderado. De la mercancía –el coltán– se apropiaron, pues su valor es elevado y les sirve para adquirir armas con las que luchar contra facciones enemigas.

El jefe del grupo nos comunicó que el día inmediato partiríamos y procurarían, si era posible, dejarnos en la costa de Egipto o con amigos que nos acercarán a ella o a Sudán.

Bien temprano la nave puso rumbo al Norte, con ánimo de llegar cuanto antes al destino que tuvieran previsto; destino, por supuesto, que era distinto al nuestro, aunque de paso pudieran hacernos un favor.

Llevaríamos unas tres horas de navegación, cuando otro barco, moderno y bien equipado, se acercó al nuestro, que había reducido su marcha. Ya parados y muy cercanos, unas lanchas se nos acercaron y descargaron unas cajas que, con seguridad, contenían armamento chino o coreano, pues los rasgos de quienes las entregaron los delataban. La operación fue rápida y pronto la nave que suministró la carga, desapareció veloz.

Nuestro barco, ignoro si para dejarnos en Egipto o para entregar el armamento a otros, continuó navegando hacia el Norte. La mala suerte, sin embargo, hizo que nos encontráramos con una fraga-

ta inglesa, que nos obligó a aceptar sus órdenes de parada. Subieron a bordo varios militares bien armados y un oficial. Cuando registraron todo y encontraron las armas y municiones que no hacia mucho habían recogido del carguero coreano o chino, lo comunicaron al Capitán de la fragata, quien ordenó intervenir la embarcación y que los siguieran. Por seguridad envió más tropa y al enterarse de nuestra presencia, hizo que nos llevaran a la fragata para interrogarnos.

–Esto puede ser bueno para nosotros –comenté yo– pues somos occidentales.

–¡Hum! –gruñó Tom–. Yo no me fío mucho de los ingleses.

–Mejores que los salvajes con lo que tuvimos la mala suerte de caer, serán.

–Es posible... Ya veremos...

Una vez en la fragata, el Capitán, tras ordenar que nos cachearan, nos preguntó qué hacíamos con los piratas y quiénes éramos.

Tom, que dominaba el inglés mejor que yo, le dio cuenta de la finalidad de nuestro viaje por África buscando a una familiar mía, de cuanto nos había acontecido desde que salimos de España siguiendo la pista de Helena, hasta encontrarnos en la situación actual, pues habíamos tenido noticias de que fue llevada, con otras compañeras a Egipto, para explotarlas en la prostitución.

El oficial, que había escuchado atento sin interrumpir la narración, después de mirarnos atentamente y sonreír dubitativo, comentó:

–Como excusa inventada, está bien; ahora díganme la verdad. Los tres nos miramos sorprendidos e inquietos.

–¡La verdad es cuanto se le ha dicho! –exclamé, un tanto irritado.

–La verdad es que sois traficantes de armas y las pruebas las tenemos –dijo enérgico el militar.

–Las armas –aclaró Tom– son chinas o coreanas y fueron recogidas por los piratas no mucho antes de aparecer vosotros.

–Ningún navío chino o coreano ha sido visto por las muchas fragatas que vigilan estas aguas, según hemos ya comprobado. Las entregarían ustedes en algún sitio del Yemen, para venderlas a los países en conflicto.

Y sin dar opciones a cualquier réplica, ordenó a los subordinados que estaban a su alrededor:

–Encerrarlos hasta que llegemos a puerto.

–¿Qué te decía yo...? –me susurró Tom.

No quise hacer ningún comentario, pues tenía razón. Y a pesar de todo no nos fue muy mal, porque no tardaron mucho en entrar en esta especie de calabozo, el piloto del carguero donde nos trasladábamos y dos marineros más, con inequívocas señales de haber sido maltratados.

–¿Qué ha pasado? –pregunté.

–El hábil interrogatorio de los ingleses –respondió sarcásticamente el piloto–. Y lo extraordinario –continuó– es que ignoro las causas. Ellos saben de siempre que traficamos en armas. En todas las ocasiones que nos avistaron, se hicieron los distraídos, seguramente porque estaban implicados. Así que, sin temor alguno, nos cruzábamos y a veces incluso nos saludábamos. Este cambio debe proceder de las altas instancias. La política por estas tierras y mares es de locos.

–No se puede confiar en ellos –afirmó de nuevo Tom.

Permanecimos todos callados largo tiempo. Sólo el gemido de algún lesionado al moverse o rozarse una herida. Anika, entre asustada y asombrada, nos miraba fija como queriendo preguntar sobre lo que ocurría, pero sin atreverse, pues o no se fiaba de los nuevos arrestados o temía hacerse muy visible como mujer atractiva, que formaba grupo con dos occidentales, como si fueran familiares.

El tiempo adquiere duración variable, según las condiciones en que se vive; se hace más largo o más corto para el sujeto inmerso en la circunstancia especial que tensa o distiende su existencia en un

momento dado. La medida temporal, por tanto, nunca coincide con la vivida. Digo esto porque no se cuanto tardó la fragata –mucho o poco tiempo– hasta llegar al puerto (más bien embarcadero o improvisada base militar). Allí nos sacaron del encierro a Tom, Anika y a mí; al resto, la tripulación apresada del barco abordado, no sé a dónde la llevaron ni qué trato le dieron.

A nosotros, maniatados, nos trasladaron a una especie de cuartillo en el que nos esperaba, sentado tras una pequeña mesa, un militar cuya graduación no descifré, pero que debía ser superior a la del Capitán del navío. Durante mucho, muchísimo rato, nos estuvo haciendo preguntas, tratando de encontrar en nosotros malhechores traficantes de armas para las múltiples facciones, agrupaciones o bandas, podéis elegir el nombre, que siembran de muerte y horror la región. Claro que ellos no se incluían entre los pirómanos que tenían incendiado todo el Oriente Medio.

Como siempre, nos limitamos a insistir en el objetivo de la búsqueda de Helena, historia que nadie creía, tal vez porque en sus corazones no existía cabida para el bien y las sanas intenciones.

Lo único positivo que sacamos del largo y pesado interrogatorio, fue que ellos tenían conocimiento del rapto de las monjitas del Centro congoleño y que estuvieron en poder de un jeque saudí o yemení, al que las chicas consiguieron exasperar, pese a los castigos que éste les infligía; exasperación que lo llevó al extremo de donarlas a los palestinos con objeto de que las usaran como chantaje a los israelíes. Por lo demás, insistió en que éramos colaboradores del tráfico de armas con chinos y coreanos, y con una dureza impropia de un militar de Occidente, nos recluyó, en condiciones inhumanas, en una pseudo prisión bajo tierra, a la espera de que mandos superiores decidieran sobre nosotros.

Allí estuvimos, mal alimentados, con sed insoportable y calor agobiante, dos inacabables días. Anika, un autentico primor femenino, con tantas malandanzas y padecimientos, se había deteriorado



de tal manera que parecía una anciana, arrugada y torpe, con aspecto de bruja de un bosque de cuentos infantiles, lo que, en buena lógica, la había librado de agresiones físicas y sexuales; también Tom y yo habíamos envejecido y las barbas, sin afeitar y canosas, nos daban aspecto de seres semiacabados... Yo, en verdad, sí que lo estaba, mas Tom, estoy seguro, fingía mucha más debilidad de la real y la torpeza de sus movimientos, como de anciano, era falsa.

Cerca del anochecer del segundo día en el que se había ido la fragata, sonó el ruido de unos aviones que se acercaban. Esto provocó que la tropa existente en el embarcadero –era eso en realidad el supuesto puerto o base– corriera a resguardarse en refugios parecidos a nuestra prisión y a disparar con ametralladoras a los aéreos visitantes (tal vez sirios o palestinos), que no tardaron en soltar una eficaz y potente descarga sobre los pocos edificios existentes, los refugios subterráneos y quienes manejaban las armas en tierra. En poco más de veinte minutos quedaron destruidos el embarcadero, los edificios y la mayoría de los refugios; y mientras las explosiones se sucedían, pensamos que la muerte nos eligió de forma inesperada, para dejarnos eternamente cubiertos por la tierra que se desprendía del techo de la prisión. Pero esta vez la suerte nos protegió, pues igual que las explosiones hundían la techumbre, hicieron también que la puerta saltara como si fuera de porcelana, permitiendo que, agazapados, pudiéramos alejarnos del lugar bombardeado.

Los marinos negros, que debían conocer el terreno, corrieron como gamos hacia el interior, perseguidos por varios soldados; nosotros, mayores y más lentos, preferimos escondernos en un edificio destruido y apartado, esperando la noche. Cuando ésta llegó y todo parecía calmado, nos acercamos a la playa. Sólo el rumor de las olas rompía el silencio. Ninguna luz denunciaba personas no deseadas. Con mucha precaución fuimos marchando hacia el Norte, guiados por la práctica brujulita de Tom. Como en el cielo brillaba una luna creciente, veíamos lo bastante para alejarnos lo más posible de los ingleses.

Caminamos varios días, ocultándonos de día y marchando por la noche. El problema de la alimentación casi lo solucionamos con la pesca, no muy abundante, pero sí lo suficiente y con raíces de arbustos que Anika sabía eran comestibles; el problema del agua sí fue acuciante y si, por fortuna, no tropezamos con una aldea pequeña, en la que nos facilitaron un par de garrafas y unos pocos alimentos, hubiéramos perecido. ¡Quién diría que estábamos en el país que creó una civilización de las más antiguas del mundo, cuyos restos nos causan admiración!

No nos atrevimos a pedir más ayuda a los pocos aldeanos, pues se mostraban esquivos y reservados. Nos pusimos otra vez en marcha, como atrevidos exploradores, deseando encontrar alguna ciudad costera. Yo conocía el interior, visitado para ver restos arqueológicos, pero ningún sitio medianamente habitable junto al Mar Rojo, aunque existían varias ciudades. Nos encontrábamos descansando y reponiendo fuerzas, cuando divisamos un pequeño barco que, sin duda, se dirigía hacia el Norte. Tan hartos nos sentíamos que no nos importó quienes fueran: comenzamos a hacerles señales pidiendo socorro, encendiendo incluso fuego en unos matorrales. Nos vieron y echaron al agua un pequeño bote, de éstos que se usan para escapar de la nave en peligro. Por una vez la diosa Fortuna nos fue propicia: eran franceses y nos recogieron e informaron de que habían sido contratados por una Organización ecológica, para estudiar y hacer un reportaje del Canal, el Mar Rojo y el Golfo Pérsico con el tráfico petrolero; pero dada la conflictividad de la zona, habían decidido no realizar el trabajo y regresar a Europa.



Por nuestra parte les contamos nuestras peripecias en la búsqueda de un familiar que, según las últimas indagaciones, debería encontrarse en Palestina o en Israel.

—Lo siento por vosotros, pero todo esto es un polvorín. Yo estoy deseando encontrarme de nuevo en París y en mi laboratorio — nos confesó con toda sinceridad el encargado.

Durante el trayecto comimos bien, nos duchamos y rasuramos y hasta nos facilitaron ropa, con lo que volvimos a parecer personas normales. Anika, aunque muy delgada, consecuencia de las necesidades pasadas, por lo menos recobró parte de su atractivo. El viaje resultó un descanso que nos hizo recuperar fuerzas e incluso entusiasmo. El personal nos trató con respeto y delicadeza. Antes de desembarcar nos despedimos y les agradecemos la ayuda y comportamiento que habían tenido.

Ya solos, conseguimos llegar a El Cairo, y en el primer hotel que hallamos, me puse en contacto con mi socio, informándole de lo acontecido. Le rogué transferencia de fondos y que hiciera gestiones para que nos facilitaran el desplazamiento a Israel, país en el que creíamos se encontraba Helena.

Como siempre, actuó con rapidez y en pocos días teníamos ya dinero e incluso los billetes de avión para Tel Aviv, así como una carta de recomendación del embajador israelí en Madrid para que su Ministerio nos ayudara en lo que pudiera.

En algo más de una semana, desde la llegada a El Cairo, estábamos ya en Israel. Los servicios del Ministerio de Exteriores, con la carta de su embajador en España, nos atendieron con prontitud y eficacia, de manera muy especial, porque uno de los funcionarios que nos atendió era sefardí y tenía un fuerte afecto a todo lo español.

Nuestra pretensión de encontrar unas mujeres raptadas, sin saber con seguridad el sitio donde estaban, comportaba dificultades y peligros difíciles de superar por sólo tres personas, ignorantes, además, de los lugares en la zona donde la vida carece de valor, y sólo el

fanatismo político-religioso y el dinero imperan. Sin la astuta colaboración del improvisado amigo sefardí, habiéramos necesitado un milagro... Él, por su puesto, se aprovechó de la eficacia de los servicios secretos y del entramado que tenían por todo el mundo, de manera acusada en Oriente medio, con infiltrados y agentes inteligentísimos muy preparados, que les permitían conocer los entresijos de todas las bandas, asociaciones, traficantes, malhechores, radicales y facciones, así como sus actividades, proyectos, programas y objetivos. No tardó mucho en saber qué había sido de las raptadas del Centro del Congo. Unas, efectivamente, las canjearon los palestinos con el gobierno israelí por unos prisioneros, sin ningún relieve, pero que ellos, los palestinos, creían importantes; otras, que no pudieron resistir, perecieron en poder del jeque. De las canjeadas, tres pidieron que las dejaran ir a Siria, donde tenían un Centro, para proteger y ayudar a los niños de los horrores que durante cinco años padecía el país. Y si bien, en principio, las autoridades se negaron, la insistencia de ellas, de forma tenaz de la que dirigía el grupo, llamada Teresa de Jesús, hizo que se accediera a sus deseos porque, después de todo, no eran israelíes, ni podía temerse de ellas ninguna acción perjudicial para el país; por el contrario, más bien podría ser positivo, pues lo que pretendían era ayudar a los más débiles e inocentes: los niños.

Se les insistió, además, en que fueran conscientes de los riesgos que corrían, sin protección de ninguna fuerza ni de ninguna nación. Así, pues, se limitaron a dejarlas en la frontera Siria, dotándolas de un viejo vehículo todo terreno, como donación barata, y varias provisiones.

El día que el sefardí me dio estas noticias, yo, por si no conseguía verla, escribí y coloqué entre mis documentos, esta carta o, mejor, confesión, para que le fuera entregada, por mis compañeros o por cualquier buena persona a la que, por simple azar, llegara a sus manos.

HELENA: Me resisto a llamarte madre Teresa de Jesús, por-

que en mi recuerdo permaneces como aquella casi niña o casi mujer que conocí en mi adolescencia y que amé o, mejor, adoré como la criatura más bella, buena y admirable de este mundo. Estos adjetivos te parecerán falsos pues no fui capaz de abandonarlo todo por ti. Y llevarás razón en una cosa: en mi falta de capacidad, de fortaleza, de genio para buscarte, para no sobreponer tu persona a cualquier otro propósito o idea. Fui débil, cobarde, asustadizo y me dejé enredar por los argumentos de mi padre que, aunque fuertes y tal vez de peso, no valían nada sin ti.

Mi padre había sufrido y padecido las consecuencias y miserias de una guerra fratricida y sin sentido; había pasado hambre, sudado en trabajos mal pagados, para desarrollar un ideal de vida sin necesidades esenciales. Influyó en mí para que dedicara todos mis esfuerzos en escapar de la trampa de un trabajo dependiente de otros, que se beneficiarían del fruto obtenido; había que alcanzar poder económico, ser “alguien” –así decía– a quien se respeta y para el que se utilizan las capacidades propias; es decir, había que conseguir riqueza para no estar sujeto a nadie y, si se repetía otro drama de dolor, miseria y muerte como el pasado, poder huir a otro lugar pacífico.

Lo malo o equivocado de este planteamiento, es el olvido de que vivir implica, también, convivir, tener alguien cerca con quien compartir tus éxitos o fracasos. Y de este vivir–con, omitió y yo también, vivir contigo, luchar por ti, para los dos, para quienes Dios nos otorgara. De todo esto, estúpido, me he dado cuenta ahora, cuando he conseguido lo diseñado por mi padre. Mas al comprobar todo lo conseguido, compruebo también que, con tanto esfuerzo, he convertido mi vida, mi existencia, en una inmensa soledad sin sentido, vacía... ¿Para qué todo lo alcanzado, a veces hiriendo sin querer, eso te lo aseguro, a otros, si nadie está a mi lado, si no oigo una voz querida que se interese por mí, que impida esa soledad, cada vez más densa y agobiante, que me envuelve? Por muchos amigos que tengas, por muchas compañías que compres o atraigas con tu dinero o poder,

siempre llega un momento –terrible– en que los amigos se ausentan, las compañías femeninas profesionales se marchan, con su salario cobrado, y tú te quedas en las sombras oscuras de la noche, en tu casa, con el silencio de tu soledad, que no llenan los mil juguetes que la moderna civilización ofrece para escapar de uno mismo, con sus historias falsas y música en conserva.

Helena, ha sido en esta fase de mi vida, cuando tu recuerdo, mi amor juvenil desinteresado y puro, han renacido con tanta fuerza, que no sé y no quiero vivir sin ti, sin oír tu dulce voz, sin ver el brillo inocente de tus ojos.

No ignoro que, con el tiempo, tú has encontrado otro Amor con el que yo ni puedo, ni soy capaz de competir; pero tampoco tengo fuerzas para renunciar a verte, a estar a tu lado, siquiera sea unos momentos, y a ayudarte, si lo permites, en tu heroica tarea de hacer el bien. Por eso sólo me he alejado de mi casa, de mis bienes, de mi aburrido existir, y he recorrido estos inhóspitos territorios en tu búsqueda, no con la idea de reconquistarte, sino para ofrecerte cuanto poseo, para rogarte que me perdones la inmensa cobardía de no haberte valorado y defendido por encima de las apetencias de poder y riqueza y por si, humildemente, puedo desterrar mi soledad en la compañía de los tuyos, aunque no sirva para otra cosa que ser vuestro humilde y callado recadero, con la sola paga de que, alguna que otra vez, me mires con piedad y me sonrías.

Debo confesar, antes de seguir con este manuscrito de las peripecias vividas en tu busca, que lo escribo por si algo me impide verte, y con la esperanza de que alguien pueda llevártelo y conozcas mi error y equivocación en el camino seguido, y así conseguir tu perdón por el abandono del más bello proyecto de mi vida.

Y ahora prosigo con los hechos.

## X

### **De cómo se sufre y se muere en la fea negrura del infierno.**

Nuestro nuevo amigo sefardí no sólo obtuvo información de lo sucedido con las monjitas del Centro congoleño, sino que fue más allá en nuestro beneficio y consiguió conocer a qué lugar de Siria fueron a parar Helena y sus compañeras: la ciudad de Aleppo, en la que existía un hospital–asilo de niños huérfanos, abandonados o heridos.

Sólo faltaba, pues, para conseguir el fin de este viaje, llegar hasta el lugar donde se encuentra; pero las circunstancias conflictivas del país, recrudescidas en aquel lugar, implicaban un serio peligro que yo, por mi afecto a Tom durante muchos años y el nacido hacia Anika desde que nos acompaña, me impedía exponerlos. Desde que conocimos la localización, estuve pensando cómo solucionar este problema, sin que se molestaran, y no encontré otro medio que exponerles la verdad de mis intenciones: ir solo. Pero nada más decirlo, ambos montaron en cólera: no habían soportado tantos esfuerzos y sufrimientos para ahora, al final, quedar quietos y tranquilos abandonándome.

Yo los coaccioné con renunciar a la búsqueda si no me dejaban hacerla solo y ellos aseguraron que, a estas alturas de la aventura, irían ellos si yo desistía de completarla. No hubo, por tanto, forma de convencerlos, por lo que, tras mucho discutir, acepté que se expusieran conmigo a los peligros que implicaba ir a Aleppo, ciudad estos días bombardeada, conjuntamente, por los rusos y el dictador de Siria.

Estudiada la ruta a seguir, asesorados por el israelí y adquirido un potente todo terreno –para algo tenía abundantes medios enviados desde España– la madrugada del diez de septiembre de este año (2016), nos pusimos en marcha por un lugar no muy vigilado y con un soborno dispuesto, por si fuera necesario. No hace falta decir los nervios y preocupación que teníamos. Por un lado las fuerzas del dictador y por otro los múltiples rebeldes, no cesaban de atacarse con saña, conquistando y perdiendo, alternativamente, posiciones, y dejando cientos de muertos y heridos entre los escombros de edificios destrozados por misiles y bombas, que la aviación rusa y siria lanzaban sin descanso.

Para cualquier persona imparcial, lo que tratábamos de hacer constituía una auténtica locura; para nosotros un firme propósito sumirnos en aquel infierno de fuego y muerte, que nos rodeaba cada vez más estrechamente... A nuestro favor juega una enorme confusión: nadie sabe con certeza quién es la persona o personas con las que tropiezas, si enemigos o de la propia facción. Muchos, sin embargo, disparan por si acaso.

Llevábamos dos días de un lado para otro, esquivando los lugares que parecían más activos en los tiroteos y escaramuzas. Hasta que, como era inevitable, un grupo armado hasta los dientes nos cercó y obligó a ir a una especie de refugio donde se habían instalado. Como no hablaban inglés ni francés, ni nosotros su lengua, tuvieron, por una vez, el sentido común de no fusilarnos e ir por un intérprete... Cuando, después de larga espera, llegó éste que, por ventura, hablaba muy bien el español, le explicamos quiénes éramos, lo que buscábamos y que de espías, como sospechaban al principio, nada. Sólo queríamos llegar al Centro u Hospital donde creíamos estaba la mujer a quien buscábamos.

Debió considerar verdad nuestra explicación porque, tras hablar largo rato con el grupo, se nos acercó para decirnos:

–Por el camino que habéis escogido es muy difícil llegar a Aleppo. Por otra parte, allí es donde están atacando con más fuerza el



dictador y la aviación rusa. El Hospital que buscáis está en nuestro poder y, en efecto, los heridos y niños reciben ayuda de unas jóvenes extranjeras. Yo voy a intentar llevaros por caminos más seguros. Así lo hemos acordado.

Ninguna noticia mejor para mí y los míos. Según su plan, no en mi vehículo sino en otro más deteriorado y discreto, guiados por el intérprete, nos pusimos de nuevo en marcha, por malas carreteras, sembradas de baches y trozos deshechos. Por fin avistamos Alepo. Por los cuatro costados se levantaban columnas de humo y se elevaban lentas y negras, como si procedieran de enormes chimeneas o activos volcanes; pero no, eran el resultado de un reciente bombardeo. Conforme nos acercábamos, el ruido de baterías y de metralletas aumentaba.

–Mal momento este para entrar –comentó el intérprete.

–Deberíamos aguardar a que anochezca –apuntó Tom.

–Sí, esperaremos al abrigo de aquel montículo –propuso el árabe.

Agazapados, para no ser vistos, permanecimos hasta que las sombras de la noche cubrieron el paisaje. Entonces, con gran cuidado, nos acercamos a los primeros edificios. De improviso unos rebeldes que vigilaban se acercaron, apuntándonos con sus armas. El árabe se acercó a ellos, seguramente les informó que éramos del mismo bando, pues nos hizo señales para que le siguiéramos. Nos llevó a un edificio cercano, medio derruido, y dentro, iluminado por la débil llama de una lámpara de aceite, explicó:

–Callejear en la ciudad, aparte de difícil por los escombros, es arriesgado, pues todos, los nuestros y los otros, disparan sin preguntar sobre cuanto se mueve. Descansaremos aquí, comeremos algo y al amanecer reanudamos la marcha con más seguridad. Nada opusimos. Yo estaba impaciente pero me callé y obedecí. Como siempre, saqué mi bloc, donde anoto los sucesos del día. Quiera Dios que mañana encontremos a Helena.

.....

Soy Tom y voy a escribir esta última parte del manuscrito. El socio de Carlos, después de leerlo, me ha rogado que termine la narración que Carlos fue haciendo durante el viaje. Y con emoción y pese a mi falta de experiencia, voy a intentarlo, en recuerdo de una persona a la que quise como a un hermano.

Pasó la noche, aunque creo que nadie durmió, sobresaltados por los disparos que, esporádicamente, se escuchaban. Antes de salir el sol, con la luz que se escapaba por el horizonte, nos pusimos a caminar, despacio y atentos, aún cuando estábamos en la zona rebelde, en la que el interprete tenía los compañeros. Por callejuelas llenas de rípios y de edificios semidestruídos, nos fuimos acercando al Hospital.

–Ya queda poco –afirmó el árabe–. Aquel lugar, por sus fines, es respetado por todos y estaremos seguros.

Seguimos en silencio y con precaución. Por el ruido de las detonaciones y explosiones, la lucha debía haberse reanudado con ferocidad. Nosotros, uno tras otro, resguardados por las paredes que aún quedaban en pie, procuramos avivar el paso.

–Tenemos que cruzar esa calle –advirtió el intérprete– y debemos hacerlo corriendo. A poca distancia está ya el Hospital. Seguidme.

Corrió hasta la esquina de la otra calle, yo a continuación y detrás Anika, seguida de Carlos. Pero por mala suerte o error, alguien de los combatientes se dio cuenta y soltó una ráfaga de disparos. Ya habíamos pasado la calle los dos primeros y a punto estaban Anika y Carlos, cuando volvieron a disparar, hiriendo a ella en una pierna y dando de lleno a él, que trató de protegerla poniéndose a su lado.

Al darnos cuenta, el intérprete y yo nos acercamos a ambos y al ver la gravedad de las heridas de Carlos, lo cogí en brazos y grité al árabe: ¡Vamos al Hospital, ayuda tú a Anika!

Corriendo cuanto pudimos, sin preocuparnos porque dispararan de nuevo, llegamos al Hospital, que está en la siguiente esquina, y sin preguntar nos dirigimos a los quirófanos. Un médico que salía de ellos nos atendió e hizo que colocáramos a Carlos en una camilla. Lo examinó rápido, desprendiendo la ropa, y con otros compañeros o enfermeros, trató de contener la hemorragia.



*Bombardeo en Aleppo – ABC*

Nos miró indicando la gravedad de las heridas y que era imposible, en estos momentos, extraer todas las balas. Además, añadió, según me tradujo el intérprete, tenía afectados órganos esenciales, difíciles de intervenir con éxito en las actuales circunstancias. Se limitaron a taponar y vendarlo todo, para tratar de contener la salida de sangre.

Anika tenía astillado el fémur por una bala, pero no corría peligro. La entablillaron y vendaron, recomendando que no se apoyara en el pie, para lo que le facilitaron una muleta.

Yo estaba deshecho y lloroso por todo lo ocurrido. Entonces me acordé de Helena e hice que el intérprete preguntara por ella. Le dijeron que estaría en la Sala de niños, como era lo más frecuente, paralelamente situada a la que nos encontrábamos.

Sin dudarle me dirigí en su búsqueda. En la Sala infantil había dos monjas a las que me acerqué con rapidez.

–¿La Madre Teresa de Jesús? –pregunté.

–Una se volvió hacia mí con sorpresa. Por su bello rostro, del que se desprendía bondad y seguridad, comprendí que era ella.

–Helena –le dije– estoy aquí con Carlos, que ha venido a buscarla, pero ha sido herido muy grave, venga a verlo.

Sin la menor indecisión y sin soltar siquiera un ramo de rosas rojas que llevaba, posiblemente para los niños, se vino presurosa detrás de mí a la habitación donde se hallaba Carlos y Anika. Al ver el estado en que se encontraba, le saltaron abundantes lágrimas mientras, temblorosa, pronunciaba su nombre.

–¡Carlos! ¡Carlos!

Ignoro si por un milagro o porque Carlos oyó la voz de Helena, abrió los ojos y, tenuemente, exclamó:

–¡Helena! ¡Helena!

Dejando las rosas sobre el pecho de él, ella le cogió las manos y las estrechó entre las suyas, besándolas.

–Helena –continuó, con voz cada vez más débil– perdona que te abandonara. Fui cobarde y torpe, dejándome conducir por otros caminos... Pero nunca te olvidé...

–Ni yo tampoco. Dios ha permitido que te siguiera queriendo y pensando en ti... ¡No vayas a abandonarme ahora!

Y levantando la vista, como dirigiéndose al cielo, de forma entrecortada, fue hablando:

–No me lo alejes ahora que está a mi lado. Cúralo y que viva, como yo he rogado siempre...

Anika, que se había abrazado a mí y ya entendía bien el español, lloraba silenciosa y emocionada, igual que yo lo hacía. Incluso el intérprete estaba conmovido.

De repente se oyó la aviación y poco después, explosiones muy cercanas del bombardeo.

–No preocuparos –nos calmó el intérprete–, este edificio lo respetan.

Pero no había terminado de afirmar esto, cuando se tambalearon las paredes. Corrí y empujé la camilla con Carlos y Helena a un rincón, para que no les cayeran los pedazos de techo que empezaban a desprenderse y rápido cogí a Anika en brazos y nos refugiamos en otro. Pero una bomba debió caer sobre el tejado e hizo que el suelo de la planta de arriba y parte de los muros se derrumbaran en la habitación donde nos hallábamos. Esta vez no respetaron el Hospital y por lo que se escuchaba, estaba casi todo destruido o a punto de quedar transformado en escombros.

Con los brazos protegiéndonos la cabeza, Anika y yo pudimos evitar un golpe mortal. Miré al lugar en que había colocado a Carlos y Helena y, con gran horror, vi que todo estaba cubierto de piedras y ripios.

–¡Maldita sea! –grité.

Me dirigí al rincón aquel y empecé a retirar con furia todo lo desprendido. El intérprete, que también había escapado ileso, me ayudó a conseguir descubrir a Carlos y Helena. Él no respiraba ya, bajo tanto escombros, ni su corazón latía: la vida se le fue en el momento que pudo ser el más feliz de los hombres; ella tenía el pecho hundido y destrozado por un gran peñasco; el rostro lo conservaba intacto, bello y casi sonriente.

Al comprobar la muerte de mi amigo y de la mujer de sus sueños, no pude evitar gritar con todas mis fuerzas:

–¡Malditos asesinos! ¡Malditos los creadores de odios! ¡Malditos los que provocan las guerras! ¡Malditos los ambiciosos de poder y riquezas! ¡Malditos los que no respetan la vida!

–Vámonos –me aconsejó con afecto el intérprete– aquí no hacemos nada.

–No, yo me llevo sus cuerpos. Ayúdame a ponerlos en la camilla.

No opuso reparo y colocamos muy juntos a Carlos y Helena, cubiertos por una sábana que encontramos. Con mucho trabajo, conseguimos sacarlos a la calle.

–Nuestro vehículo está muy lejos, ir y volver es casi suicida –comentó el árabe.

–Veo –le señalé– que hay varias ambulancias abandonadas, tal vez porque los conductores han huido del bombardeo. Comprémos si alguna funciona.

Lo hicimos y tras varias decepciones, encontramos una que nos podía servir. Colocamos los cuerpos dentro, acompañados de Anika y nosotros delante, uno armado, por si hacía falta y otro conduciendo.

–Yo estoy harto de esta lucha loca y sin final claro. Me voy con vosotros a Turquía, que es el país más cercano a Aleppo. Allí podéis seguir camino del vuestro.

–Está bien –asentí–. Yo con poder comunicarme con España, me basta.

–La frontera, desde aquí, esta cerca –comentó–. Esperemos no tener problemas.

Y por la ruta que consideró menos arriesgada y más fácil, nos dirigimos al nuevo destino. Cierto que nos encontramos por el camino vehículos militares o facciosos, cualquiera sabe, pero el hecho de ir en una ambulancia a todo gas no les produjo recelos y muchos hasta se apartaron para darnos paso.

Ya en el puesto fronterizo, el árabe estuvo largo tiempo hablando con los guardias; yo, pesimista por cuanto nos había acontecido, creí que no nos iban a dejar pasar. Al final, después de examinar el contenido, todo se resolvió con algún dinero: el soborno es el “leitmotiv” que prolifera en estos miserables conflictos. Abreviando, pues no tengo ni ganas ni humor para alargar y adornar este relato, conseguimos llegar a Ankara, pese a que nos encontrábamos lejos. En contacto con el socio de Carlos, éste, con sus influencias en Madrid y en la propia Turquía, en la que había realizado trabajos, nos consiguió un avión de transporte alquilado y en un gran cajón metálico, que nos facilitaron en el aeropuerto, colocamos a Helena y Carlos.

El interprete árabe, que nos ayudó en todas las acciones y gestiones, tenía decidido, como antes nos expuso, quedarse en este país y Anika y yo, la mañana de un miércoles que recordaré siempre, después de varios días de espera, partimos para España en un incómodo avión de transporte, pero que nos pareció algo así como un pájaro angélico que nos libraba del infierno.



*Estambul, Santa Sofía – Riccardo*





## XI

### Unidos más allá de la vida

Don Ramón, el socio y amigo de Carlos, nos esperó en el aeropuerto. Me abrazó, yo le presenté a Anika y juntos presenciábamos como descendía la caja de latón con los seres queridos. Él estaba visiblemente emocionado, y un poco enronquecido, dio órdenes para que los trasladaran al sitio donde iban a ser incinerados, según me dijo.

–Es mejor así –manifestó–. Mañana, cuando nos los entreguen, los llevaremos a su lugar definitivo. Ya verás. Ahora vamos a mi casa y descansáis; tenéis preparadas las habitaciones de invitados.

Como ya le había contado los últimos acontecimientos, ni yo, ni Anika, teníamos ganas de hablar. Ya en su casa, nos indicó las habitaciones a ocupar.

–Si queréis –propuso– como aún es temprano, podéis ir a compraros alguna ropa a la tienda existente en el bajo. Ya he dicho que me carguen cuanto necesitéis, y no andaros con cortedad. Ahora tengo que hablar con unos clientes; por la noche nos veremos aquí para cenar.

Nosotros hicimos uso de su ofrecimiento y como, efectivamente, carecíamos de ropa, bajamos y adquirimos, con prudencia, lo que consideramos necesario.

Por la noche cenamos juntos y nos hizo preguntas sobre el viaje, pese a que se le había contado todo.

–Mañana, cuando nos entreguen las cenizas, iremos a depositarlas –volvió a repetir.

Vino el nuevo día y sobre las doce fuimos juntos a recoger las cenizas. Nos entregaron dos ánforas decoradas, con los nombres de cada uno. Don Ramón cogió una y yo la otra y subidos al vehículo, nos dirigimos al lugar elegido, que yo ignoraba de momento. Mas, conforme avanzábamos, comprendí que no era otro que la residencia, –casi terminada cuando emprendimos la aventura– en la que quería vivir Carlos hasta el fin de su vida solitaria.

El chalecito lo había terminado don Ramón, de acuerdo con las ideas que conocía del socio. Es un edificio bellissimo, frente al mar, inundado siempre de la luz mediterránea y con un espléndido jardín, no muy grande, pero diseñado con gusto. Anika estaba deslumbrada. Entramos. Hay varios operarios, con una grúa que sostiene una enorme piedra de granito, cuadrada más de la mitad, pero terminada por arriba en una pirámide, toda muy bien pulida y destinada a ser la pared en la que se situaría un caño de agua, que recogería un bellissimo estanquito. Los obreros tenían, también, una cajita metálica, con los bordes plateados y volumen suficiente para las cenizas.

Don Ramón me ordenó coger una de las ánforas y él tomó la otra; a su indicación, las vertimos simultáneamente en la caja metálica en la que se iban mezclando. Luego un operario soldó todos los bordes, de forma que fuera imposible abrirla. Antes de introducirla en un hueco abierto en la parte inferior de la piedra de granito, don Ramón agitó la caja para que se mezclaran mejor las cenizas y la colocó cuidadosamente dentro; después, una vez bien sujeta allí, la gran piedra se situó, con la grúa, en la parte superior de la fuente, también de granito, sujeta además con unas barras de hierro que penetraban por agujeros hechos en la base y rellenos de una lechada de cemento, lo que transformaba al conjunto en una sólida y única pieza.

Cuando todo estuvo terminado, y el cañito de la pared comenzó a echar agua, Don Ramón se persignó y en voz baja, murmuró: ¡Que Dios os tenga siempre unidos y os dé felicidad!

Anika, acurrucada en mí, lloraba silenciosa. Don Ramón me cogió del brazo mientras nos trasladábamos al auto, y me dijo: mañana volveremos y organizaremos esto. Vámonos. Y regresamos a su casa donde, provisionalmente, nos había acogido.

El día inmediato, en efecto, fuimos de nuevo al chalet. Vimos y examinamos todas las habitaciones, el salón, la terraza, el jardín todavía no terminado y contemplamos, sin obstáculos ni edificaciones interpuestas, el mar tranquilo, reflejando un brillante sol de mediodía.

–Es todo precioso –comenté, lástima que Carlos no haya llegado a disfrutarlo en vida.

–Yo he pensado –me dice entonces don Ramón– que seas tú quien lo ocupe, ya que eras para él como un hermano. Más claro aún: tú eres el dueño, con la única obligación de cuidar la fuente donde ellos están. Sé que lo harás con cariño.

–Pero...

–No me repliques. Esto era suyo y Carlos no tiene herederos de sangre. Por afecto te corresponde a ti y, si alguna vez eliges compañía, también a ella. Anika, el tiempo que tú quieras, puede estar también aquí.

–No podré quedarme mucho, pues no soy española –objetó.

–Eso tiene fácil arreglo, Anika –le indiqué–. Te casas conmigo, si quieres y te apetece, y tendrás la nacionalidad de inmediato.

–¡Sí quiero! –casi gritó ella con toda su alma.

–Pues, entonces, todo arreglado –sonrió don Ramón.

Terminamos lo poco que le faltaba al chalet y con un préstamo de Don Ramón, lo amueblamos de forma sencilla pero bonita y agradable; las plantas del jardín florecieron. Anika, pese al poco tiempo que estuvimos con Helena viva, quedó tan impresionada por su belleza, por la mística bondad que se desprendía de sus gestos, por la mirada limpia y cariñosa de sus ojos, por el valor y energía demostrados, que todo ello la conmocionó y provocó que quisiera

hacerse, como se hizo, cristiana, una vez conocidas a fondo las ideas que daban fuerza a una mujer, aparentemente débil, para afrontar tantas dificultades con serenidad. Y llegó el día más memorable que yo recuerdo, pues en él recibió el bautismo, la primera comunión y se casó conmigo.

Don Ramón, siempre tan espléndido y generoso (así lo fue también Carlos en vida), actuó de padrino en todos los actos, junto con la esposa. Todo lo celebramos en la intimidad y siempre con el recuerdo permanente de los ausentes.

–Te encargarás de la urbanización del Oeste, facilitando lo que haga falta y cuidando de que todo funcione. Después te pasas por la oficina para echarme una mano si hace falta y el resto del día libre, hasta que quieras jubilarte –me encomendó don Ramón en plan de trabajo.

Y así estoy pasando los días, junto a Anika. Por cierto que ha recobrado toda su escultural anatomía de ébano y su belleza inimitable. Incluso su pequeña cojera, causada por la herida de Alepo, disimulada con un elegante bastoncito, le otorga una gracia original. La gente la observa entre curiosa y admirada, si bien los hombres, cuando la acompaño y dada mi corpulencia, no se atreven a dirigirle ningún adjetivo.

Por las mañanas, antes de irme al leve trabajo que tenía encomendado, deposito con Anika un ramo de flores junto a la fuente y damos los buenos días a Carlos y Helena.

–Donde estéis, os deseamos la mayor felicidad... Buenos días, amigos.

De despedida, Anika y yo nos damos un beso, ella queda en casa con sus tareas y yo realizo mi cómodo trabajo hasta el regreso.

No quiero dejar en el olvido a una persona que quiso a Carlos con locura: Pepita.

Cuando se enteró de lo sucedido, siempre tímida, me pidió permiso para venir de vez en cuando a traerles unas rosas. Y no hay

mes que, por lo menos un par de veces, no aparezca, con unos dulces hechos por ella para Anika y un ramo de rosas rojas para Carlos y Helena. Apenas habla. Tras saludarnos, muy humilde, camina a la fuente, se sienta en el pretil una vez colocadas las rosas, y durante largo tiempo permanece moviendo los labios, tal vez en un largo rezo o en un íntimo coloquio con el ser querido, que parece responderle con el cristalino rumor del agua.

Anika, al contemplar estas repetidas escenas, siempre me susurra: ¡Qué tres amores tan grandes y que desgracia no haberlos vivido!

